LOGOS

REVISTA DE HUMANIDADES

No. 6 JUNIO 1973

UNIVERSIDAD DEL VALLE

CALI - COLOMBIA

LA VENDEE AMERICANA

(Y II)

(Las Guerras de Pasto)

EDGAR BASTIDAS URRESTY

QUINTA INVASION — BOMBONA —

BOLIVAR OCUPA PASTO

Cuando el siglo XVIII finalizaba, bautizado como el Siglo de la Ilustración, la Filosofía de las Luces daba remate a tres siglos de cambios: el Renacimiento Literario, artístico, espiritual del siglo XV; el nuevo estilo de pensar y en el creer con la Reforma en el siglo XVI y la nueva concepción del universo y de la naturaleza en el siglo XVIII. La Filosofía de las luces preparó los caminos de la revolución y de las ideas independientes en Europa y América. Había una crisis general, que abarcaba lo económico ,lo político, lo religioso y un despuntar de la inquietud social.

Aunque en algunos casos la revolución armada no es indispensable para el logro de una transformación, pues el fenómeno histórico se expande por todos los ámbitos como una mancha de aceite en las aguas, la revolución francesa hubo de hacerse por la fuerza. Como hubo de hacerse la revolución americana porque había una resistencia cerrada a toda innovación. Como ocurrió mucho más tarde en la Rusia Zarista. Pero cuando una estructura se ha roto por obsoleta o corrompida, el desmoronamiento alcanza a más vastos sectores. El fenómeno se extiende sin necesidad de acudir a más violencias.

Las Batallas de Boyacá y Carabobo habían quebrantado la dominación española en la Nueva Granada y en Venezuela. Aún quedaba Pasto por los realistas. Quizá debido a la escasa receptividad para las nuevas ideas por razones de orden geográfico (aislamiento), de orden religioso y de temperamento. Ningún sociólogo ha intentado el examen concienzudo de la sicología del hombre nariñense. Se aproximó bastante Jorge Zalamea. El Dr. López de Mesa apenas hizo un esbozo de análisis. Pasto no admitía guerras ni revoluciones. Más que lealtad al monarca sentía un apego a la libertad, la paz y el orden, como allí se entendían estas ideas. Conservar el orden establecido como una manera de vivir en paz. Es esta una convicción que aún perdura. Cuando a partir de 1949 se desató por todo el país una ola incontenible de violencias, cuando pueblos enteros fueron arrasados, violadas 20.000 mujeres; cuando el saqueo, el asalto y el crimen revestían caracteres de sadismo desconocido, el Departamento de Nariño mantenía intactas su calma y su tranquilidad en pueblos y hogares. Ningún político había logrado comprometer a estas buenas gentes en una empresa de dolor y de destrucción, a la que miraban con asombro y espanto.

Por esta mansedumbre de corazón, por este claro sentido del orden, se le ha considerado al pastuso como un ente un poco extraño, algo lerdo y un tanto tímido, sobre todo cuando permanece callado (aunque interiormente sonríe) ante la garrulería estentórea de las gentes de otras latitudes. Para el pastuso, la paz es una forma de la libertad, porque dentro de aquella la acción se desenvuelve sin peligros. La guerra, la violencia, son la negación, la supresión de la libertad .

Por eso el Ayuntamiento de Pasto, por si o por medio del jefe de la plaza decíales a Baraya, Caicedo, Macauley, Nariño y al Libertador: "Déjennos en paz. Vuélvanse a Popayán tranquilamente". Pero el libertador era un personaje impetuoso y arrogante. No toleraba resistencia, ni admitía el fracaso, porque de haber esperado unos días, la batalla de Pichincha habría sido bastante para que Pasto cayera, como fruta madura, en poder de Bolívar. Pero es que Bolívar, después de sus gloriosas jornadas en Boyacá y Carabobo, había dirigido sus pensamientos hacia el sur. El seductor ejemplo de Napoleón, ese Napoleón fulgurante de Austerlitz y los cien días, perturbaba las mentes americanas. Bolívar pensaba justamente que si el gran corso era un formidable sojuzgador de nacionalidades, él, en cambio, peleaba por la libertad de un mundo sojuzgado. Aunque el escenario fuera diferente: Europa con milenios de historia elaborada con sangrientas luchas religiosas, raciales, territoriales, de castas monárquicas o feudales, América en cambio, ingresaba a la historia guerrera tras una larguísima etapa de paz impuesta por Europa.

Ahora que Bolívar decidía acometer la libertad del Ecuador y del Perú, vacilaba entre seguir a Guayaquil o pasar a Quito por la vía terrestre. Pero tenía que derrocar la muralla de Pasto (1). Resueltamente organizó un ejército de más de tres mil hombres, formado por veteranos de numerosas batallas. Llevó consigo a los mejores generales y coroneles. Pedro León Torres, París, Valdés, Antonio Obando, Salom, Manuel Antonio López y el ex-realista José María Obando ,recién convertido a la causa patriota. Los mejores batallones de que disponía la república: Rifles, Bogotá, Vargas, Vencedor y 400 hombres de caballería.

La marcha hacia Pasto ,como en ocasiones anteriores, se vio afectada por las enfermedades, el calor sofocante, los caminos escabrosos y la hostilidad de los patianos. Al aproximarse a Pasto, el ejército se había reducido a unos 2.400 hombres, en buenas condiciones para combatir. El 25 de marzo (1822) atravesó el Juanambú, por el paso de Burreros. El general Santander no era partidario del ataque a Pasto y trató de disuadir al Libertador de tal empeño. Su criterio, formado desde mucho antes, era el de que "La ocupación de ese país es más bien obra de la inteligencia que de la intrepidez. . .El Juanambú es la verdadera Termópilas de Cundinamarca". El 25 de febrero le escribía al Libertador: 'Nos quedan otra vez el Juanambú y Pasto, el terror del ejército y, es preciso creerlo, el sepulcro de los bravos, porque 36 oficiales perdió allí Nariño, y Valdés ha perdido 28 que no repondremos fácilmente. Resulta, pues, que usted debe tomar

(1) La confianza de los pastusos en el éxito feliz de sus empresas militares no había disminuído, a pesar de los reveses realistas en Boyacá y en toda la Nueva Granada. A la acción victoriosa de Genoy vino a agregarse la noticia de que las milicias de Pasto habían derrotado el 12 de septiembre (1821) a las fuerzas del General Sucre en la Batalla de Guachi, cerca de Ambato. Cuando la caballería realista estaba ya en desbandada, los pastusos cargaron sobre los independientes, saliendo de entre unos bosques, y ocasionaron pérdidas por más de quinientos hombres al ejército de Sucre. Lo que admira es cómo era posible que la provincia de Pasto tuviera hombres para atender varios frentes de guerra.

en consideración las ideas de Sucre y abandonar el propósito de llevar ejército alguno por Pasto, porque siempre será destruído por los pueblos empecinados, un poco aguerridos y siempre victoriosos". (Cita del doctor Sañudo).

El Coronel Basilio García, Jefe de las Fuerzas realistas de Pasto, se encontraba al asecho, debidamente informado por sus guerrillas de todos los movimientos del ejército libertador. Así comprendió que las intenciones de Bolívar no eran exactamente las de atacar y tomar a Pasto ,sino soslayarla y pasar a las poblaciones de la sabana de Túquerres e Ipiales y por allí seguir a Quito. Estos pueblos se habían decidido por la república, pero la presión de Quito y Pasto les impedía actuar militarmente. Sólo el pueblo de Pupiales era adicto al realismo.

En el Tambo descansaron los patriotas de la larga y penosa jornada. El 1o. de Abril propuso el Libertador al Coronel García la suspensión de la guerra por 15 días, cosa que el jefe español no aceptó con sobra de razones. El 6 de abril ocupó la hacienda y llanura de Consacá. Cuando el 7 de abril trató de seguir hacia el Guáitara, para pasar a Túquerres ,en la quebrada Cariaco lo esperaban García y sus soldados. Cuatrocientos hombres del Aragón y del Vencedor y ochocientos milicianos de Pasto se habían parapetado a lo largo de una cuchilla que domina la quebrada. Estas tropas estaban protegidas y mimetizadas tras de arboledas taladas previamente para obstruír el paso de cualquier ejército.

El Libertador ordenó el ataque frontal por medio del Vargas y el Bogotá, formados por granadinos, en su mayor parte. En las cuatro horas que duró el combate, estos cuerpos casi fueron destruídos por el fuego cruzado que venía desde las posiciones contrarias donde actuaba el enemigo casi invisible. Bolívar dispuso que el Coronel Valdés, con el Rifles, escalara las faldas del Galeras y flanqueara el ala derecha de los realistas. Al anochecer, Valdés cumplió su misión. En la oscuridad ,se produjo la confusión y el ala derecha realista se desorganizó y cedió el campo desordenadamente. En el resto del frente se ignoraba el resultado de la acción. Los restos del Vargas y el Bogotá retornaron a la hacienda de Consacá para reparar las fuerzas y reorganizarse. El Rifles vino allí también al amanecer el 8. Se procedió a recoger cadáveres y curar heridos. El Coronel García, por su parte, se encontró con que las milicias de Pasto habíanse marchado para la ciudad, no quedándole sino unos 300 hombres luego de la recogida de las tropas dispersas a lo largo del camino a Yacuanquer y Pasto. Ninguno de los dos jefes quedó en condiciones de actuar por el momento, pues el ejército patriota estaba casi destruído y el realista, desorganizado. (2).

---

(2) No nos detenemos a referir la gallarda actitud del General Pedro León Torres en Bomboná cuando se sintió ofendido por la represión del Libertador ante el fracaso del ataque que Torres dirigía, ni mencionamos la hábil y honrosa nota con que el Coronel García devolvió las banderas tomadas a los batallones patriotas durante la batalla. Ambos episodios son bastante conocidos.

Los historiadores de Bolívar han considerado esta batalla como una victoria de él. El doctor Sañudo con abundancia de pruebas, ha demostrado que la victoria fue de los realistas. Se nos antoja que, en vista de los resultados, no hubo victoria alguna, sino un empate. Algo así como una partida de ajedrez que termina en tablas. No es este un caso aislado. En la historia de las guerras se encuentra muchos casos como éste. Batallas que dan lugar a un armisticio, o a una "expansión" como la de Manizales, entre Mosquera y el Jefe gobiernista.

Vino un cruce de notas muy hábiles entre Bolívar y García, después de las cuales aquel se vió obligado a retroceder hasta el Trapiche (hoy Bolívar, Cauca), donde llegó el 20 de mayo. Don Basilio, por su parte ,emprendió la organización de la defensa, pues sabía que el Libertador esperaba refuerzos para volver sobre Pasto, tarde o temprano. Y se dedicó a reclutar gentes para armarlas. Pidió refuerzos y municiones a Quito. Y a las autoridades de Pasto una estrecha colaboración para el reclutamiento de tropas. Porque ocurre que los pastusos son unos milicianos de condiciones sui-géneris. No aceptan la vida de cuartel, ni los ejércitos de adiestramientos, ni quieren abandonar el hogar. Toman la guerra como si fuera un deporte y acuden a los combates con la seguridad del triunfo, porque no cejan hasta conseguirlo. Tienen a su favor el terreno, admirablemente aprovechado por conocido, pues da la circunstancia de que los combates han tenido efecto en la ciudad o en sus proximidades. No aceptan uniforme, pues creen ponerse en ridículo al usarlo. Se llevan las armas a sus casas y las esconden para sacarlas en el momento oportuno. Los jefes españoles se quejan a la superioridad de Quito de estas irregularidades difíciles de corregir. Habitualmente **los chuanes** del sur se entregan a la vida agrícola, pastorial y artesanal. Pero en cuanto los espías situados en el Juanambú, dan la alarma ante la proximidad del enemigo invasor, suenan las campanas a rebato, redoblan los tambores y los cuernos rugen en las colinas cercanas. El pueblo acude a la Plaza Mayor, en donde los cabildantes, los clérigos y los nobles convocan a la pelea. El día y la hora señalados entran los paisanos a los cuarteles, portando sus armas. No atienden órdenes superiores sino que se agrupan en las compañías por familias, por veredas, por profesiones, antes que por razones de organización militar. Salen los batallones de milicias. Detrás van las mujeres y los muchachos conduciendo las municiones de boca (el avío o fiambre), la chicha de maíz y el aguardiente que sirve para entonar el ánimo cuando empieza la pelea. Apenas esta termina los milicianos y sus mujeres se vuelven a la ciudad, sin atender órdenes, ni voces de mando. El pastuso es, primero que todo, perfecto padre de familia y hombre de hogar.

En esta guerra civil, que fue nuestra independencia, uno no sabe por cual sentir más pena: si por los sufridos soldaditos que venían desde Cundinamarca, Boyacá, Vélez o San Gil, conducidos a un territorio escarpado, donde habitan gentes indomables, o por los que acudían a la defensa de sus hogares amenazados por la violencia y el saqueo, como había ocurrido en el año 1811 (septiembre).

Muchos días estuvo el Libertador privado de contactos con Bogotá y con Sucre, especialmente. Las guerrillas obstaculizaban las comunicaciones. Cuando, al fin, recibió auxilios en hombres, armas y dineros, enviados por el gobierno de Bogotá, Bolívar intimó rendición o capitulación al Coronel García y luego le envió a su Secretario José Gabriel Pérez para que discutiera en Pasto las bases del convenio. La ingeniosa ocurrencia del Libertador tuvo un éxito feliz, pues don Basilio, a tiempo de llegar el comisionado Pérez, había recibido la sorpresiva y terrible noticia del desastre realista de Pichincha y la caída de Quito en poder del General Sucre. La exigencia del Libertador era, pues, una coyuntura que se debía aprovechar lo mejor posible.

Don Basilio convocó a su estado mayor para examinar la situación de Pasto, sobre la cual se cerraba inexorable, una tenaza formada por las fuerzas de Bolívar y las de Sucre. Luego reunió el Ayuntamiento. Todos fueron de parecer que se debía aceptar la capitulación, pero exigiendo, eso sí, toda clase de garantías para las personas y los bienes de los habitantes de Pasto, para la religión católica y para las costumbres y usos existentes. Las delegaciones suscribieron la capitulación de Berruecos el 6 de junio, mediante la cual cesaba toda resistencia de Pasto a las fuerzas libertadoras.

Pero el pueblo de Pasto se opuso al pacto. En calles, plazas y corrillos protestaba e insultaba a los dirigentes. Y les echaban en cara que lo hacían para salvar sus bienes. "Nosotros pelearemos hasta el fin, decían, pues nada tenemos que perder". El Obispo Jiménez de Encizo trató de convencer al pueblo. Por ello una noche oyó que disparaban contra la casa donde vivía. La proclama generosa de Bolívar a la ciudad de Pasto fue recibida con rechiflas y se arrancaron los carteles fijados en las esquinas.

Pero con todo, el 8 de junio, por la tarde hizo su entrada el Libertador, a la cabeza del más flamante de sus batallones. Se adelantó a recibir, en las afueras de la ciudad, el Coronel García, con su estado mayor. Le presentó su bastón de mando y su espada, pero Bolívar no los aceptó: "Quien se ha conducido como un gran militar, defendiendo a su rey y a su nación, no debe rendir las armas ante nadie, sino conservarlas con la satisfacción de haber sido el último que lo ha hecho en América". La oficialidad y las tropas de ambos ejércitos hicieron calle de honor. A la entrada de la iglesia mayor esperaba el obispo y el alto clero. Bajo el palio hizo su ingreso al templo el Libertador y ocupó un sillón previamente ordenado. Los coros y los eclesiásticos entonaron el Te-Deum en medio de un auditorio poseído por las más encontradas emociones.

Se hubieran hecho las cruces los fervorosos católicos de Pasto, si hubieran conocido el pensamiento religioso de Bolívar, alguna vez expuesto a sus amigos en la intimidad. Cuenta Perú de la Croix que Voltaire era su autor favorito. "En él se encuentra todo, decía, estilo, grandes y profundos pensamientos filosóficos, crítica fina y diversión". Esto no bastaba para que al día siguiente concurriera a misa,

ocupando un asiento especialísimo en el coro de la iglesia (Bucaramanga). Mientras el sacerdote oficiaba, el Libertador leía un tomo de la Biblioteca americana.

La fe de los creyentes le merecía conceptos como éstos: "su credulidad y su ignorancia hace de los cristianos una secta de idólatras. Echamos, pestes contra los paganos porque adoraban estatuas, y, nosotros, qué es lo que hacemos? No adoramos lienzos mal embadurnados, como la tan reputada Virgen de Chiquinquirá, que es la peor pintura que yo haya visto, quizá la más reverenciada del mundo y la que más dinero produce? Ah sacerdotes hipócritas e ignorantes". "No puedo recordar sin risa y sin desprecio el edicto en que me excomulgaron, a mí y al ejército, los gobernadores del arzobispado de Bogotá, doctores Rey y Duques el día 3 de diciembre del año 14, afirmando que yo venía a saquear las iglesias, a perseguir los sacerdotes, a destruír la religión, a violar las vírgenes y a degollar los niños y los hombres".

Entre los datos que trae el discutido Diario de Bucaramanga, se encuentra aquel que asegura que el Libertador, durante su permanencia en París había ingresado a una de las sectas masónicas. Pero después la abandonó considerándola ridícula.

Afirmaba respecto del alma: "Según el estado actual de la ciencia no se considera a la inteligencia, sino como una secreción del cerebro. Llámese este producto alma, espíritu, inteligencia, poco importa".

Como era un soñador y visionario, menciona en sus cartas con frecuencia a Napoleón. Habla de su Código Civil con notable admiración. Bolívar lo citaba como un modelo digno de imitarse. Estuvo en Roma y de la misma manera que Cola de Rienzo, quiso parecerse a los próceres que dominan a Roma desde las siete colinas. El Aventino le hizo soñar con un gran continente o una o varias grandes naciones libertadas por él. En la dirección de este gran objetivo estuvieron sus actos y ademanes.

El libertador escribía a Santander: "Lo hago lleno de gozo, porque a la verdad hemos terminado la guerra con los españoles y asegurado para siempre la suerte de la República. La capitulación de Pasto es obra afortunada para nosotros, porque estos hombres, son los más tenaces, más obstinados. Y lo peor es que su país es una cadena de precipicios donde no se puede dar un paso sin derrocarse. Cada posición es un castillo inexpugnable y la voluntad del público está contra nosotros". Al final de esta carta dice: "El Coronel García se va, con algunos jefes y oficiales, hasta el 13. Este señor se ha portado muy bien en esta última circunstancia, y le debemos gratitud, porque Pasto era un sepulcro nato para nuestras tropas. Yo estaba desesperado de triunfar y sólo por honor he vuelto a esta campaña".

El Libertador trató a la ciudad con la más exquisita gentileza, conservando en sus cargos a las autoridades existentes. Y luego partió hacia Quito, a proseguir su obra libertadora.

REBELION DE BOVES — SAQUEO Y RUINA DE PASTO

El pensamiento central del Libertador (constitución de un gran pueblo que se llamaría Colombia) iba adquiriendo fisonomía a medida que los ejércitos independientes ganaban las batallas de Boyacá, Carabobo y Pichincha. La fortaleza de Pasto se había rendido al Libertador. Pero para infortunio de esta ciudad habíanse fugado de Quito Benito Boves, el mismo que con su **División infernal** había derrotado en Venezuela al propio Bolívar, y Agustín Agualongo, guerrero ya afamado por su astucia y valor en los combates y por su realismo intransigente.

El 28 de octubre de 1822, cinco meses después de la rendición de Pasto, resonó en las calles de la ciudad el grito de "VIVA EL REY". De todas partes surgieron gentes, al saber que Boves y Agualongo se tomaban los mandos de la ciudad al destituír al Teniente Gobernador, Coronel Ramón Zambrano y colocar en lugar suyo al Teniente Coronel Estanislao Merchancano, hombre muy acatado por sus capacidades como militar y hombre de leyes. Pero gran parte de la clase dirigente y del clero se opuso al levantamiento. Era una empresa absurda, sin posibilidades de buen éxito, pues Pasto se encontraba imposibilitada para obtener auxilios y armas de España.

Pero el pueblo no razonaba, sino que obraba según la dirección de ancestrales impulsos y creencias. Además, sobreestimaba su propia capacidad para combatir y vencer. Un batallón de pastusos, que actuó bajo el comando de Merchancano había recibido el nombre de "Batallón Invencible". Y ciertamente jamás habían sido vencidos los hombres del batallón.

A la cabeza de sus tropas, Boves pasó el Guáitara, con dirección a Quito. Tal vez pensaba en tomar desquite del insuceso de Pichincha, donde cayó prisionero. En Túquerres sorprendió al general Antonio Obando, a quien Bolívar había confiado el gobierno de toda la comarca que hoy conforma el Departamento de Nariño. Obando voló a Quito e informó al Libertador de lo ocurrido.

Entre tanto Boves recorría los pueblos desde Tulcán hasta Pasto, imponiendo su autoridad en nombre del rey, y recaudando contribuciones para la campaña.

Pero en Pasto estalló una serie de disputas. El Vicario y Juez Eclesiástico, Presbítero Aurelio Rosero condenó el movimiento de Boves por **vil y sacrílego**" y desde el púlpito promulgó una exhortación según la cual "...he venido, en uso de mis facultades, en declararlos por excomulgados vitandos a don Estanislao Merchancano, don Ramón Medina, don Francisco Ibarra y don José Folleco... para que los fieles, so pena de incurrir en excomunión menor, se abstengan de comunicar con ellos y para que no haya ignorancia se fije esta declaración en las puertas de la Iglesia Matriz".

Por su lado, el cura realista Troyano (José Manuel), con el res-

paldo de los presbíteros Sañudo, Gabriel Santacruz y Martín Torres, aceptó el cargo de Capellán de las tropas realistas y declaró públicamente que la excomunión era ilegal e injusta porque se habían pretermitido las disposiciones canónicas del Santo Concilio de Trento. El Coronel Merchancano elaboró una lista de contribuyentes, encabezada con el nombre del Vicario Rosero, el excomulgador, y cuatro sacerdotes más, todos pudientes. Estos respaldaban al Vicario no sólo en las excomuniones, sino que pedían la **suspensión** del padre Troyano y sus amigos. Este cura se reía a carcajadas de la excomunión y redactaba una satírica carta en la que mencionaba a "ciertos clérigos hijos de Pasto, que le cargaron la vara de pallo a Bolívar...". Boves, desde su cuartel de Moechiza, envió un mensaje al clero de Pasto rogándole contribuír para la defensa de los derechos del Rey. Al final escribe: "Nuestro Ejército ha sabido arrollar con intrepidez la audacia del jacobinismo... Apelo a la parte crecida y sana de aquel vecindario para que entone sus cantos e himnos de alabanza al Dios de los Ejércitos y a nuestra Divina Generala Señora de Mercedes, en medio del coro de los Ministros del Santuario".

En Quito, el Libertador, por pura y personal experiencia, entendió que lo de Pasto no era una cosa cualquiera, pues venían, además, a entorpecer sus planes para la Libertad del Perú. Escogió a su mejor general Sucre, y le entregó los más veteranos batallones. Dos mil soldados, bien provistos, partieron hacia Pasto. Al aproximarse Sucre, Boves retrocedió al lado norte del río Guáitara para hacerse fuerte en los Altos de Taindala. Allí fue atacado el 24 de noviembre.

El Batallón Rifles emprendió ascenso, tratando de abrirse paso con sus fuegos. Pero los pastusos no cedieron, pues aunque eran inferiores en número y armas, esta desventaja veíase compensada tácticamente con lo inexpugnable de la posición. El general Sucre no tuvo más remedio que regresar a Túquerres y pedir refuerzos para el asalto a la empecinada ciudad realista. Allí recibió el aviso de que pronto le llegarían refuerzos..

Y en Pasto el pueblo celebra una nueva victoria. Aunque no faltaban voces de desaprobación contra Boves, provenientes de la clase dirigente y del clero. La gente se dedica a celebrar ya la Novena del Niño Dios. Cada noche se celebra en los templos con canciones villancicos, orquestas, pitos y silbatos que ensordecen y alegran el aire, sumándoseles al estruendo de cohetes, voladores, cuyes, velas romanas, ruedas de colores. El fiestero de cada noche invita a sus amistades al baile que viene a ser como una culminación del regocijo cotidiano. Los aguinaldos, el Taita Puro, los inocentes, la adoración de los Pastores, la Estrella de Oriente, los Tres Reyes Magos, todo ese multicolor, toda esa magia, ese mito, ingenuo que elaborara la fantasía del Evangelista Marcos, todo, se confunde con lo folclórico y lo tradicional navideño.

Los padres de familia van por las ventas buscando el regalo que el Niño Jesús traerá a los chicos, cuando al dormirse dulcemente, colocan el sombrero bajo de la cama, seguros de que el Niño Jesús

no faltará con su maravilloso y sobrenatural regalo: los dulces, las colaciones, las espumillas, los suspiros, los bizcochuelos, las mantecadas, los alfajores, alguna muñeca de trapo o alguna barata prenda de vestir. En el hogar flotará un cálido olor a empanadas, tamales y buñuelos con miel. Las fiestas navideñas sólo concluyen el siete de enero, del año siguiente, tras las despedidas de año viejo, la recepción del nuevo. El cinco de enero estalla una orgía entre la multitud pintada de negro hasta quedar irreconocibles los rostros. Se baila en calles y plazas una danza fantástica, casi bárbara, en que andan unidos el amor, la locura, y las carcajadas. El seis es la explosión del color blanco. Talcos, harinas y perfumes que se vacían sobre todas las cabezas, convirtiendo a las gentes más serias en payasos. Por las calles van lujosas carrozas, jinetes y comparsas a pié. Se busca resucitar la fábula, el mito, el cuento infantil, la historia pintoresca, la sátira y la geografía inverosímil. Cien artífices de la pintura y de la escultura se disputan los generosos premios donados por las autoridades.

Pero dejemos el amable folclore y volvamos a nuestra doliente historia de Pasto. Porque la historia de la humanidad es apenas un tejido sangriento de violencias, estupros, traiciones y crueldades. La propia biblia nos muestra una cadena interminable de castigos, matanza y destrucciones. Mas, las gentes de Pasto piensan "Qué importa que el enemigo esté cercano si Pasto no será vencido jamás? El pastuso es invencible. Mientras haya pastusos con el arma al brazo nadie podrá penetrar a la ciudad". En los estancos se vende el aguardiente en mayor cantidad que en otras navidades. Y en las calles se grita: "Viva el Rey" - "Viva la Virgen de Mercedes".

Para reforzar a Sucre salió de Quito el Batallón Bogotá, a las órdenes del ya célebre coronel José María Córdoba. El 18 de diciembre está el ejército patriota en las orillas del Guáitara. El 22 logró forzar, por intermedio del Batallón Rifles, el mismo que había sufrido el rechazo del mes antes, el baluarte de Taidala, defendido por cuarenta hombres.

Los realistas se hicieron luego fuertes en la hondonada de Yacuanquer. El Rifles atacó por el centro para dar lugar al Coronel Córdoba para que avanzara sobre el ala derecha realista, cosa que efectuó hábilmente, logrando desbordar la resistencia, dejando medio cercados a los enemigos del centro. Estos retrocedieron hacia la ciudad rápidamente. El combate de Yacuanquer ocurrió el 23 de diciembre. Y para no dar lugar a que se organizara la defensa de Pasto, el general Sucre dispuso el avance de su ejército al amanecer del 24. En las horas del mediodía aparecieron por el sur de Pasto las vanguardias del Rifles. Boves trató de hacerse fuerte en la colina donde está el templo de Santiago y en pequeños montículos cercanos, pero todo fue inútil. El Ejército patriota entró sin mayores esfuerzos, ocupó las calles y al atardecer, la resistencia había terminado. Boves y los curas que le eran adictos huyeron hacia el Putumayo. Agualongo y Merchancano se ocultaron.

Entonces ocurrió que la Nochebuena pastusa se transformó en noche de horror y espanto. El historiador López Alvarez dice: "Ocupada la ciudad, los soldados del batallón Rifles cometieron todo género de violencias. Los mismos templos fueron campo de muerte. En la iglesia matriz le aplastaron la cabeza con una piedra al octogenario Galvis, y los de Santiago y San Francisco presenciaron escenas semejantes". El General José María Obando cuenta "No sé cómo pudo caber en un hombre tan moral, humano e ilustre como Sucre el entregar aquella ciudad a **muchos días de saqueo**, de asesinatos y de cuanta iniquidad es capaz la licencia armada. Las puertas de los domicilios se abrían c on la explosión de los fusiles para matar al propietario, al padre, a la esposa, al hermano y hacerse dueño el brutal soldado de las propiedades, de las hijas, de las hermanas, de las esposas. Hubo madre que en su despecho saliese a la calle llevando su hija de la mano para entregarla a un soldado blanco, antes que otro negro dispusiese de su inocencia. Los templos fueron también saqueados. La decencia se resiste a referir por menor tantos actos de inmoralidad ejecutados en un pueblo que de boca en boca ha transmitido sus quejas a la posteridad".

Diez días después llegó el Libertador a Pasto. Impuso a los habitantes la paga de considerables contribuciones para premiar con ellas al ejército. Ordenó la requisa de todo el ganado existente en la Provincia, que se calculó en ocho mil reses. El maíz, las papas, el trigo, todos los víveres existentes fueron secuestrados y llevados por el ejército. Se les arrebataron muebles, vajillas, dinero y todo lo que tuviera algún valor. El historiador Restrepo dice: "El Libertador dispuso confiscar los bienes de aquellos pastusos que los tenían en el cantón de Túquerres y que permanecieran en Pasto después de la rebelión. Con tales decretos casi todas las propiedades de los pastusos vinieron a ser confiscadas y se mandaron repartir a los militares de la república en pago de sus haberes. La infiel Pasto quedó desierta en su mayor parte, y su castigo resonó en todos los ángulos de Colombia". Los generales recibieron hasta tres haciendas cada uno, distinguiéndose por su codicia los generales venezolanos Sandes, Carvajal y Barreto.

Estos bárbaros excesos se cometieron estando vigente el armisticio del 25 de noviembre de 1820, firmado por el propio general Sucre, como delegado del Libertador, y los comisionados españoles en la ciudad de Trujillo, en la misma casa donde años atrás Bolívar firmó su extraño decreto de "Guerra a muerte a los españoles y canarios". Este pacto civilizador regularizaba la guerra, entre sus cláusulas sobresalían aquella que exigía la "conservación, canje y buen trato a los prisioneros, a los que no se castigaría con la pena capital. Que los pueblos que fueran ocupados por las tropas de los dos gobiernos serían bien tratados y respetados, etc. etc.".

La ciudad fue dejada por Bolívar bajo el Gobierno del General Salóm, quien tenía consignas reservadas para cumplir. Dió un bando por medio del cual se convocaba al pueblo para que se presentara a la plaza mayor a enterarse de la nueva ley de garantías que

se brindaría a cuantos se presentaran. Cuando la plaza estuvo colmada la tropa cerró las salidas y apresó a más de mil hombres. Se les envió presos a Quito, Guayaquil. Muchos murieron de enfermedades, maltratos y hambre. El Coronel Cruz Paredes, venezolano amarró a catorce ciudadanos de Pasto y él, personalmente empujó las siete parejas hacia un abismo del río Guáitara. Niños y mujeres que se consideraban capaces de combatir fueron apresadas también y desterradas a Quito, Guayaquil y Cuenca.

Entre los que fueron incorporados al ejército libertador del Perú sobresalieron muchos pastusos, quienes hubo que alcanzaron grados de coroneles y capitanes por sus cualidades militares. Viejos miembros de bandas de músicos de Pasto se agruparon y formaron una que alegraba a las tropas. Fue ésta la que, de la arenga de Sucre a las tropas en el campo de Ayacucho, entonó el alegre bambuco pastuso, la GUANEÑA, música sencilla y revoltosa que pone ánimo y alegría en el espíritu.

Cuentan que entre los catorce ciudadanos arrojados al Guáitara estuvo un antepasado del doctor José Rafael Sañudo. Quizás ello explique el que su pluma se moviera, con ademán vengativo, cien años más tarde, para señalar las crueldades de muchos próceres de la independencia y, especialmente, las del más grande entre todos: SIMON BOLIVAR.

AGUALONGO TOMA A PASTO POR DOS VECES

Sabido está que para la campaña contra Pasto insurreccionada por Boves fueron escogidos en Quito los más veteranos, pero más feroces soldados venidos desde Venezuela y los Llanos Orientales. Los mismos zambos y mulatos que formaran la legión infernal de Boves y Morales y que lo mismo combatían del lado de los españoles o en contra suya. Pero luego de Carabobo ingresaron definitivamente a las huestes patriotas, constituyendo las mejores brigadas de choque contra españoles y pastusos.

Pero esta contribución guerrera costó muy cara a la República, pues donde pasaron o permanecieron, en el Ecuador, en Pasto o en el Perú sembraron el odio y la venganza contra la República por los vejámenes y atropellos de que hicieron víctima a la población civil. El espíritu faccioso e insubordinado de esas tropas estimuló luego la disolución de la Gran Colombia. Ecuador no pudo en momento alguno soportar el verse gobernado por quienes eran calificados de "negros". El Perú tampoco quiso tener como respaldo del gobierno huéspedes tan incómodos. El historiador ecuatoriano Pedro Fermín Cevallos escribe: "Si los españoles no hubiesen estado aún encastillados en el Perú, el Ecuador habría maldecido la protección de sus hermanos de Venezuela y del Centro y talvez, como Pasto, se habría sostenido también rebelde y disidente".

Lo que en Pasto se hizo mediante una sangrienta burla, se repitió en Quito. El 12 de abril de 1823, con motivo del ajusticiamiento público de dos coroneles realistas, se convocó el pueblo a la plaza de Santo Domingo. Terminada la ejecución, los cuatro ángulos de la plaza fueron cerrados por tropas y se procedió al reclutamiento forzoso de hombres que fueron amarrados para ser llevados a los cuarteles. La gente huyó despavorida en todas las direcciones. En el atropellado amontonamiento y por obra del sable y del fusil, resultaron muertas 36 personas de todo sexo y edad. (Historia de la República - Oscar Efrén Reyes, Quito 1931). Este mismo escritor, al referirse a la actitud de los pastusos, afirma: "Hubo momentos de esa campaña, en que los rebeldes de Pasto aparecieron, no ya como los simples defensores de la monarquía española, sino como los heróicos defensores de su vida y hacienda, y como los vengadores de la muerte cruel de sus madres, de sus padres, hijos y familiares".

El Gobierno de Pasto quedó en manos del Coronel Juan José Flórez. Nuevamente las familias principales de Pasto plegaron al gobierno republicano, especialmente aquellas que no habían sufrido grave mengua en sus pertenencias. Entre los más perjudicados por el despojo estaba el coronel Estanislao Merchancano, quien permanecía oculto. Entre tanto Agualongo, rumiaba su encono y su derrota en la mina de oro de la Espada, rodeado de algunos amigos. Los Insuasty, Joaquín Enríquez y Manuel Pérez mantenían activa una guerrilla por los lados de Siquitán y Tangua. Flórez envió en su persecución al Comandante Luque, quien los derrotó e incendió las veredas de Siquitán y Chimbatangua, donde ardieron casas y cultivos durante tres días. Todos los prisioneros fueron fusilados sin fórmula de juicio. El propio José María Obando cuenta: "Un vecino de esos pueblos apuró toda la amargura que puede ofrecerse a un esposo y padre de familia: amarrado de espaldas de un pilar de su propia casa, debía presenciar antes de morir, la violencia hecha a su propia esposa e hijas, consignadas al efecto a los soldados... y a los ojos de este infeliz padre y esposo, fue encerrada en su casa la mártir familia, con dos chiquillos más y, pegando fuego al edificio, fueron quemados todos vivos". (Apuntamientos para la Historia - J. M. Obando).

Lo que se hizo en Pasto en aquella época rebasa las crueldades cometidas en Venezuela durante la sangrienta etapa de la "Guerra a Muerte", pues desaparecieron todas las normas del derecho, todos los sentimientos humanitarios. El asesinato, el robo, el estupro, eran cosas comunes y corrientes. Cabe preguntar si la libertad que se buscaba era bastante para justificar tales excesos? Era tan alto el precio de la libertad? Eran estos los atributos excelsos de la libertad que se iba a dar a los pastusos?

Hay hechos tan absurdos que muchos historiadores callan, pero que no es posible cohonestarlos. Olvidamos decir anteriormente que, al entrar las fuerzas del Mariscal Sucre a Pasto, fueron sacrificadas 400 personas inermes en las calles y dentro de sus habitaciones, sin discriminación de sexo y edad. Los combatientes habían huído, quedando únicamente la población civil En Tumaco fueron fusilados 106

pastusos de los 1.500 que fueron deportados a Guayaquil y que habían logrado escapar. La orden del Libertador de "eliminar" a todo pastuso se cumplió inexorablemente.

Al examinar detenidamente lo que fueron estas guerras de la independencia cabe pensar, como lo hace el historiador Sañudo, que los pueblos hispanoamericanos no estaban aún maduros para la independencia. Y que sólo la invasión napoleónica a España y las torpezas de la corte borbónica de Madrid, precipitaron los sucesos de América. Aún hoy, naciones hay en el Africa que no parecen aptas para recoger con provecho las ventajas de la autonomía en el Gobierno. El doctor Darío Echandía dijo hace poco que el nuestro era un país de cafres. Sus razones tendría. El desmoronamiento del imperio español en América trajo consigo la proliferación de nacionalidades enemigas entre sí, pues nunca consiguieron asimilar los ideales del Libertador por constituír naciones fuertes, extensas y respetables. Acaso hubiese sido preferible esperar cien años más para saltar etapas de la historia y llegar directamente desde la monarquía al estado moderno contemporáneo, cuando las monarquías se desgajan como frutas maduras. Porque aquellas revoluciones, hijas de la francesa, tuvieron apenas un contenido político, nunca el objetivo de una verdadera revolución que —sea pacífica o armada— es el socio-económico. Los términos "Liberté, Egalité, Fraternité" no pasaron de ser vocablos sonoros, de escaso valor práctico y de mínimo alcance igualitario. De aquellas libertadets a la francesa nos queda el recuerdo de actos unas veces abominables, otras sublimes. Algo de eso quiso expresar Madame Roland al subir al cadalso.

El 12 de julio del año 23 apareció por las faldas del volcán Galeras la hueste que comandaba el valeroso e irreductible Agustín Agualongo, una brava y numerosa tropa de campesinos armados únicamente de palos y machetes. Pero fué tal la vioenlcia y el arrojo de estas enfurecidas y vengativas gentes que en breves momentos fue desbaratada la infantería patriota. Los pastusos no hicieron caso de las balas, lanzándose ciegos a la peiea cuerpo a cuerpo. Sabían que iban a la muerte o a la victoria. La caballería de Flórez, atascada en el estrecho camino de San Miguel, fue tomada a estacazo limpio y huyó sin parar hasta la banda derecha del Juanambú, a cincuenta kilómetros al norte de Pasto.

Agualongo ocupó la ciudad y dió el gobierno civil a Merchancano, los dos dieron una proclama, algunos de cuyos apartes son: "Habitadores de la fidelísima ciudad de Pasto: desapareció de nuestra vista el llanto y el dolor, SI. Vosotros habéis visto y palpado con alto dolor y amargura de vuestro corazón, la desolación de nuestro pueblo: habéis sufrido el más duro yugo del más tirano de los intrusos, Bolívar... Testigo es el templo de San Francisco, en donde se cometieron las mayores abominaciones indignas de nombrarse. Pero si acaso ignoráis, sabe que lo menos que se cometió en el santuario fue el estar los más irreligiosos e impíos, con las más inmundas

mujeres... Ahora es tiempo, fieles pastusos, que uniendo nuestros corazones, llenos de valor invicto, defendamos acordes la Religión, el Rey y la Patria".

Para Pasto estuvo primero, la defensa de la religión, pues siempre han estado adictos a una sociedad espiritualista y católica tal como la Corona Española la estableció desde los años de la Contrarreforma. Y ya hemos dicho que las numerosas comunidades religiosas (principalmente Agustinos, Mercedarios, Franciscanos y Dominicos) se habían esmerado en preservar el espíritu religioso de la ciudad, manteniéndolo libre de la cizaña de la influencia de Logias Masónicas que operaban en común acuerdo con los principales actores de la revolución.

Porque toda revolución es, en cierta manera, antirreligiosa. En América iba contra todo lo Español, que implicaba una concepción teocéntrica y espiritualista; esta de gobierno, concepción que ligeramente se había debilitado en la península cuando Carlos III se aconsejaba de su influyente Conde de Aranda. La independencia americana no cumplió un proceso evolutivo que le permitiera apoyarse en puntos intermedios sino que fue un salto en el vacío, en el caos institucional. De allí el violento traumatismo que acarreó la desorganización financiera, el colapso agrario, minero, fiscal, la Patria Boba, en fin.

Arnold Toynbee, citado por Alvaro Gómez Hurtado, dice que: "Toda revolución presenta una referencia a lo que ha ocurrido en algún otro lugar o en algún otro tiempo y que se considera como objeto apetecible y digno de imitación". Pero cuando acá culminaba triunfalmente la revolución, en Francia aparecía la Restauración. Y el propio Gómez Hurtado observa como nuestro continente, por obra de un gigantesco anacronismo ha sido sometido a un drástico proceso de asimilación forzosa. El elemento indígena fue sorprendido bruscamente por la aparición de hombres y armas extrañas que la apabullaron fácilmente, para luego consolidar el tipo de Gobierno católico monárquico. Para después, al cabo de trescientos años de paz no perturbada, desatarse la revolución entre un pueblo ignaro, inepto para comprender los cambios y fines que los pocos ideólogos de la revolución le proponían.

La gente pastusa, aislada geográficamente del resto del mundo, no vió en la revolución sino el factor perturbador de su sosiego y de sus creencias y por ello las rechazó con energía inusitada. En ello no andaba tan descaminada como muchos lo han creído. Sobre todo si nos atenemos a las consecuencias posteriores que fueron ciertamente lamentables. Pasto fue aprovechada por caudillos de menor cuantía, como Obando, López y Flórez para promover guerras secesionistas o anexionistas; revoluciones para captar el poder por el lado más cómodo a sus propósitos y ambiciones personales. Una agitación permanente que no dejaba vivir tranquilos a los pastusos ni al resto de Colombia. Estos ilustres enemigos de la paz pública no demostraron, en sus actos ni en sus escritos, un derrotero nacional

para la salud de los asociados y el buen Gobierno de los mismos. Armaban una revolución con pretextos y proclamas que dan para sonreír de puros simples. El propósito no era otro que el de enriquecerse ellos en el poder y enriquecer a los suyos también. Lo que hace cualquier político mediocre. Nada tenían de un Núñez, un Juárez, o un Martí, quienes actuaron con un alto sentido de grandeza nacional y fecunda. Si el proceso de nuestras instituciones hubiera tenido un desenvolvimiento pacífico, cuán distinto sería hoy el estado de nuestra cultura, nuestra economía, de nuestra decorosa posición ante la historia y el mundo.

Esperando hallar apoyo a su causa, Agualongo y Merchancano se dirigieron al Concejo de Otavalo dándole cuenta de su triunfo en Pasto y de su propósito de marchar sobre Quito. "En la gloriosa e inmemorable acción —decía la nota— fue enteramente arrollado el enemigo, habiéndole muerto en la campaña más de 300 hombres, y hécholes prisioneros igual número... Fuera de acción de guerra, a ninguno de ellos se le ha hecho ni se le hará la menor hostilidad, pues antes sí a todos les mantenemos con toda la consideración y humanidad que nos es característica". El jefe Agualongo recibió el despacho de Coronel de las Milicias del Rey y firmaba ahora con este título.

Agualongo siguió al sur con un ejército que alcanzaba a 1.500 hombres mal armados por cierto y en su mayoría campesinos, bisoños en el arte de guerrear. El General Salóm se encontraba en el Angel pero no se atrevió a presentar batalla, sino que, obedeciendo instrucciones del Libertador retrocedió a Ibarra. Luego el propio Libertador retrocedió con sus tropas hasta Guaillabamba, cerca de Quito, mientras le llegaban más armas y tropas. Agualongo permaneció inactivo en Ibarra, cosa que le perjudicó definitivamente. El 17 de julio tuvo lugar la Batalla de Ibarra, dirigida personalmente por Bolívar, al frente de 3.000 hombres debidamente amunicionados. Nueve horas duró la sangrienta batalla en la cual los pastusos dejaron 800 muertos. No hubo heridos ni prisioneros porque los pastusos se negaban a rendirse y los heridos fueron ultimados sin conmiseración. El ejército patriota apenas perdió 12 hombres. Tal era la desigualdad en hombres y en armas. El escritor Ibarreño, José Nicolás Hidalgo, refiere como los cadáveres que se encontraron en las proximidades de la ciudad fueron llevados a la Plaza de Santo Domingo. Se hizo un gran montón con ellos, se les roció con aguarrás, se puso, además trapos y pajas sobre ellos y se prendió fuego a una gran hoguera en donde se consumieron los cadáveres de los pastusos. Los que quedaron dispersos en el descenso de Aluburo hasta el río Chota fueron comidos por los perros y los cuervos.

Esta incineración cruel sorprendió a mucha gente, acostumbrada al piadoso rito cristiano de la inhumación de los cadáveres para

devolver los cuerpos a la tierra que los nutrió y a la que retornan en espera de la vida eterna.

Algunos años después de la Batalla de Ibarra, refería el Libertador que para emprender esa acción y a la espera del momento oportuno, bebió varias copas de un espirituoso vino, que lo impulsaron a dar la orden de que iniciara el ataque. Si el vino fue factor decisivo de una batalla, bien vale la pena pensar en una teoría acerca de la influencia del alcohol en los grandes hechos militares. Bueno es hacer notar que Bolívar había retrocedido ante Agualongo desde Ibarra hasta Guaillabamba, a la espera de refuerzos, en una clásica "espantaá". El Libertador dió el mando civil y militar de Pasto al General Salóm, atendió órdenes drásticas para eliminar a todo habitante de Pasto, de modo que desapareciera esa raza de la superficie de la tierra, pues a las mujeres consideraba también peligrosísimas y dio un término de dos meses para completar la pacificación. Ordenó la prisión de todos los eclesiásticos y su remisión a Quito, excepto los reconocidamente adictos a la República. Fueron fusilados el conocido Padre Troyano y Fray Diego del Carmen. Ciertamente la pedagogía utilizada por el Libertador para enseñar republicanismo a los pastusos no podía ser peor.

En efecto, el 18 de Agosto, un mes después de la batalla de Ibarra, resonaron los cuernos por todas las alturas que circundan el valle de Atriz, convocando a los pastusos a la guerra. Agualongo desplegó sus guerrillas en torno a la ciudad, dejando encerradas a las fuerzas que comandaba Flórez. Salom y Flórez tuvieron la ocurrencia casi ridícula de sacar de sus claustros a tres monjas conceptas para que llevaran un mensaje a Agualongo, mensaje que equivalía prácticamente a una rendición. Pero el Jefe Pastuso no consideró el mensaje sino que estrechó más aún el cerco de la ciudad. Flórez logró salir de la ciudad y luego de un combate muy desfavorable para él en Catambuco, pasó a Túquerres con su tropa.

Los dirigentes de Pasto no podían creer que el mestizo Agualongo fuera capaz de una nueva hazaña. El indomable pastuso se apoderaba de Pasto por segunda vez. En la ciudad había ahora regocijo pese a los anteriores sufrimientos. Las mujeres, aquellas que se amarraban el pañolón a la cintura y se arremangaban el amplio follado de bayetilla para entrar a la pelea con palos y con piedras, lucían ahora vistoso peinado de trenzas con acha cinta azul en la cabeza. Danzaban en las calles y en las casas celebrando nuevamente la victoria increíble. En cada iglesia celebrábase un Te-deum en acción de gracia al señor de los ejércitos y en honor del muy católico monarca don Fernando VII .Pero esta alegría había de durar muy poco.

Una semana después el ejército patriota retornaba sobre Pasto, comandado ahora por el veterano General Mires. Al mismo tiempo el gallardo General Córdoba venía de Popayán con una pequeña fuerza para estrechar el cerco por el norte. Pero Agualango los sorprendió en las alturas de Tacines y lo obligó a retroceder al otro lado del Juanambú. En diciembre llegó Flórez de Quito con refuer-

zos. La situación de Agualongo se hizo insostenible. Carecía de todo y su inferioridad ante el enemigo era muy grande. Abandonó la ciudad y se refugió en los alrededores. Flórez procedió a instalarse organizando las defensas de la ciudad.

El 3 de enero del 24 volvió Agualongo al ataque. Los patriotas se hicieron fuertes en casas y edificios, desde los cuales disparaban sin peligro. Tres días luchó Agualongo tratando de forzar las defensas. Luego de sacrificar muchos hombres y ante la inutilidad de sus empeños el empecinado luchador se retiró seguido de algunos de sus más fieles compañeros.

CAMPAÑA DE AGUALONGO SOBRE BARBACOAS. SU DERROTA Y FUSILAMIENTO

Los recursos humanos y económicos de Pasto habían llegado al último extremo. La ocupación republicana traía consigo la requisa implacable de víveres, animales, herramientas y todo lo que pudiera ser útil a los obstinados rebeldes. En la ciudad paseaban únicamente los soldados de la república y ancianas que acudían a los templos abandonados. Daba la ciudad la impresión de un cementerio vigilado por tropas.

Pues bien: el desaliento del pueblo realista era total, toda esperanza de reacción parecía perdida. Pero Agualongo nunca se daba por vencido. Seguro de la inutilidad de un nuevo ataque sobre Pasto, volvió sus ojos a la Costa. Reuniendo unos trescientos hombres, medio armados, dirigióse Patía abajo con destino a Barbacoas, a través de una zona montañosa poblada de insectos y mosquitos portadores de la fiebre amarilla y la malaria en todas sus formas. El asfixiante calor y las lluvias intermitentes (una densidad pluviométrica, de las más altas del globo) hacían mella en el organismo de los serranos, habituados a un clima primaveral y fresco.

Barbacoas estaba defendida por unos ciento veinte soldados al mando del capitán barbacoano don Manuel Ortiz de Zamora. Debido a la extraordinaria riqueza aurífera del río Telembí, a cuyas orillas se encuentra situada la ciudad, a ésta arribaron en todas las épocas colonos de España y de otros países; indios africanos enviados a morir como esclavos en las minas; indios que sucumbían en pocos días, víctimas del paludismo. Los negros resistían mejor, pues su constitución biológica les permitía estar mejor dispuestos para soportar la dureza del medio ambiente.

A pesar de los rudimentarios métodos empleados para la extracción del oro eran tan grandes las cantidades que se obtenían, que el alto gobierno colonial, y luego el mando republicano, se cuidaban mucho de dejar desamparada la ciudad y su circuito minero. La fantasía ha exagerado a veces la riqueza encontrada. Se habló de un

venero, al que se bautizó con el nombre de "Cargazón", en donde dizque se recogía, sin esfuerzo alguno, oro por toneladas.

El doctor Sañudo trae, entre otros muy curiosos relatos, el de un robo cometido por el señor José Joaquín Chaves (Mayo de 1761). al señor Juan Pérez, de Cumbal, le enviaron de Barbacoas una barra de oro, con peso de 558 castellanos, cuatro y medio tomines (algo así como 2.572 gramos). El huésped, señor Chaves, le robó y la trajo a Pasto. Allí fue apresado Chaves. Pero el clérigo Mariano Acosta sacó a Chaves de la cárcel y lo llevó en hombros a la iglesia de la Merced para salvarlo. Y tenía que llevarlo en hombros, pues el preso tenía grillos en los pies. El lío criminal tornóse en lío eclesiástico porque cuando el Vicario Manuel S. Santacruz terció en la pugna para sancionar al padre ladrón de ladrones, Chaves se valió de los servicios del padre jesuíta Ferrer para que este obtuviera la suspensión de la causa. El caso podía tomar mayor fuerza, pues luego súpose que el verdadero dueño de la barra era nada menos que el Capitán Sebastián de Miranda, quien la enviaba con Juan Pérez a Popayán para ser vendida al precio de 20 reales el castellano. El relato queda, lastimosamente inconcluso. El señor Sañudo era muy respetuoso de los fueros eclesiásticos, sobre todo tratándose de asuntos que hacen relación a la buena fama de los miembros de la Santa Iglesia.

A esta disgresión faltamos agregar que hoy, el río Telembí y la ciudad porteña son un feudo de la Compañía Minera de Nariño, subsidiaria de la Chocó Pacífico. Con medios técnicos, una draga poderosa se lleva todo el oro que almacena el hermoso río en su cauce y sus orillas. En los últimos meses de 1966 extrajeron un promedio de cinco mil onzas por semana. Los nativos, en tanto, viven en las condiciones más miserables y primitivas que puedan concebirse para un ser humano. La explotación norteamericana se adelanta con la colaboración de abogados y políticos entregados a los poderes gringos.

Cuando Agualongo se acercaba a la ciudad llegó el Teniente Coronel Tomás Cipriano Mosquera, quien tomó el mando de las fuerzas encargadas de la vigilancia. Mientras los hombres de Agualongo avanzaban penosamente, en Barbacoas se tuvieron las noticias de la aproximación de Agualongo. Este subió por el río Telembí navegando en canoas. Estando ya cerca de la ciudad una de las canoas fue echada a pique y perecieron ahogados sus ocupantes, por no saber nadar. El 30 de mayo de 1824 tenía lugar el ataque. Agualongo logró aproximarse a las calles y abrió el ataque. Una bala destrozó la mandíbula del valeroso Coronel Mosquera. Este siguió dando órdenes escritas, pues ya no podía hablar. Sin saberse como, bien por efecto de los disparos, o por obra de alguno, empezaron a arder las casas de madera y paja de que estaba construída la población. Adquirió el combate, pequeño por sus efectivos y medios, un aspecto infernal: ardían y estallaban con ruido horrísono los pajares, se venían abajo los maderos, el viento llevaba las llamas de unos a otros lugares. Las negras devotas corrían a sacar de la iglesia las imágenes, los vasos

sagrados y las joyas para ponerlas a salvo. Cuando ardió el templo el estrépito fue mayúsculo.

El segundo Jefe de Agualongo, el valeroso Jerónimo Toro, cayó muerto de un balazo. Cuando el jefe realista comprendió que sus municiones se acababan, que el pueblo entero estaba en su contra y que habían sido apresados muchos de sus hombres desistió del ataque y repasó el río para rehacerse después, según su costumbre.

Como el jefe Mosquera nunca se anduvo con escrúpulos en esto del Derecho de Gentes, fusiló, sin más trámites, treinta y tres prisioneros hechos durante el combate.

El combate de Barbacoas, si bien de escasas proporciones, tuvo no obstante importantes consecuencias: 1) Acabó con la capacidad de Agualongo para organizar nuevas campañas; eliminó todo conato de infiltración realista por la Costa del Pacífico, despojándola de contactos con el interior; inició el prestigio de Mosquera, quien, por su herida, como su actuación, fue ascendido a Coronel efectivo. Empezó a desenvolverse históricamente la controvertida personalidad del célebre payanés.

Aquí viene, como anillo al dedo, otra digresión: A propósito de Mosquera, refería el doctor Camacho Roldán que "En 1.845 entró a la Presidencia de la República el General Tomás C. de Mosquera, personaje que hasta entonces se había hecho conocer por su espíritu inquieto, esencialmente banderizó por el principio que en 1.826 había dado a Guayaquil a la era de pronunciamiento en favor de la dictadura del General Bolívar... y por sus intrigas en favor de las elecciones de su hermano, el señor Manuel José Mosquera, al puesto de Arzobispo de Santafé". Más adelante cuenta como la ilustre familia de los Mosquera constituía, en una república, un fenómeno muy curioso por su similitud con el de familias que en Europa conformaban unas dinastías que daban mucho que sufrir a los pueblos con sus continuas disensiones y guerras e intrigas. Cuenta cómo los Mosquera (Don Tomás y don Joaquín) fueron presentados al Libertador en el año 1.822 por su padre, el realista don José María Mosquera. Es que este hidalgo comprendía que la suerte de los españoles en la Nueva Granada estaba poco menos que perdida. Recibió don Tomás el grado de Teniente y don Joaquín fue destinado a los nobles menesteres de la vida diplomática. Pero como en el juego de la suerte y de la política todo está en el bien empezar, la hija de don Tomás, doña Amalia, casó en 1.841 con el presidente y general Pedro Alcántara Herrán, con lo cual la familia vino a contar con tres presidentes (uno en ejercicio y dos en receso), amén del gobierno espiritual de la grey colombiana ejercido por otro Mosquera. El Arzobispo. Este monopolio del poder de los Mosquera hacía sufrir de envidia a sus paisanos, especialmente a los veteranos generales José Hilario López y José María Obando. Por ahí se verá como el monopolio del poder por una familia o por un grupo de familias asociadas constituye un caso frecuente en la vida de los pueblos que se llaman republicanos

y democráticos. Hoy, ese monopolio se complementa con el de familias que mueven las actividades bancarias, financieras e industriales que acumulan un crecido porcentaje de las riquezas de un país.

Agualongo trató de internarse otra vez en la sierra andina, seguido de unos pocos soldados enfermos y hambrientos. Pero Obando le había puesto asechanzas por todas partes para capturarlo. Así fue como cayó en poder de su antiguo compañero de armas en el punto de Nachao, a las orillas del Patía, el 24 de junio Fueron presos el coronel Joaquín Enríquez, el capitán Francisco Terán, el abanderado Manuel Insuasty y doce soldados más. En el parte que Obando rinde al coronel José María Ortega le promete enviar vivo "AL GENERAL AGUALONGO para que el gobierno le haga las averiguaciones que crea importantes". Los patriotas habían interceptado la Cédula Real que otorgaba al prisionero el título de GENERAL DE BRIGADA DE LOS EJERCITOS DEL REY. La cédula estaba firmada por el Rey Fernando Séptimo en Aranjuez.

Cuando el valiente vendeano de Pasto moría gritando "Viva el Rey", ignoraba que éste lo había honrado con el título de General. Justiciero el gesto del monarca y merecido de sobra por el hombre que sucumbió con un viva entre los labios.

En la exacta y minuciosa historia escrita por el doctor Sergio Elías Ortiz, en las páginas finales del "Agualongo" resuena el eco de un De Profundis por el dolor y el vencimiento de la ciudad humillada, destruída, vejada y sometida a ultrajes que no tienen nombre. Ortiz cuenta que Flórez reclamaba le fuera entregado Agualongo para cobrarle las derrotas que le había infligido, fusilándolo. Popayán lo reclamaba también y allá lo envió Obando. Flórez gozaba fusilando pastusos, en los seis meses primeros de 1824 había fusilado alrededor de 300.

En Popayán, las gentes no creían que aquel mestizo, de poca estatura y de aspecto sencillo fuera el temible jefe de Pasto. Las gentes se habían agolpado para conocerlo al saber su llegada a la ciudad. Los otros oficiales, Enríquez, Insuasty y demás, eran de buena estatura, de raza blanca y porte altivo.

Obando decía: "Agualongo había sido demasiado grande en su teatro, tanto por su valor y constancia, como por la **humanidad** (subrayamos) que había desplegado en competencia de tantas atrocidades cometidas contra ellos".

Se refería a los pastusos, víctimas de las crueldades de los patriotas. Un hombre salido de la oscura masa popular de Pasto supo proceder con mayor nobleza que los que venían en nombre de la libertad, la igualdad y la fraternidad.

Fue conminado, aún por el propio Obispo de Popayán, para que

abjurara en sus ideas monárquicas a cambio del perdón. Las respuestas que dió sólo sirvieron para avergonzar a sus antiguos compañeros y animadores intelectuales. Dijo que había jurado ante el Santísimo servir a la causa de España y de su Rey. Adivinamos la sonrisa en los labios de millones de perjuros que hoy le dan al juramento un valor insignificante. Igual fue la respuesta de sus compañeros. El doctor Ortiz termina así su libro: "Pidió que no se lo vendara, porque quería morir cara al sol, mirando la muerte de frente, sin pestañear, siempre recio, como su suelo y su estipe. Y se le concedió. Y cuando a la voz de FUEGO, las balas destrozaron los cuerpos de los últimos defensores de España en América, salió terrible, de los pechos abatidos, como un trueno, el grito de lealtad y de guerra "VIVA EL REY".

ULTIMOS INTENTOS REACCIONARIOS

En los primeros meses de 1825 llegaron a Pasto, licenciados, algunos oficiales y soldados pastusos que habían peleado con gran éxito en la campaña del Perú. Sin embargo la mala traza de sus vestidos y uniformes sirvió para que se echara a correr el chisme que venían derrotados por los españoles del sur.

El rumor hizo carrera y el guerrillero Juan Benavides se alzó contra los republicanos. Luego se le sumaron Moncayo, Erazo, Angulo y otros sobrevivientes de los últimos desastres y fusilamientos. Luego de afortunados golpes de mano sobre destacamentos republicanos instalados en Taminango, La Cruz, Berruecos y alrededores de Pasto, donde obtuvieron algunas armas, tuvieron el coraje de enfrentarse a las fuerzas regulares de Juan José Flórez, siendo batidos completamente.

Para 1826 parecía pacificada definitivamente la comarca pastusa, a pesar de que el guerrillero Noguera solía efectuar asaltos esporádicos en distintos puntos.

Se había obtenido la paz y se había cumplido esa especie de "delenda est Pasto", consigna de todos los Jefes Republicanos, de Bolívar hacia abajo, quien, en carta a Santander decía alguna vez: "No puede usted imaginarse lo que es este país y que son estos hombres. Todos estamos aturdidos con ellos. Creo que si hubieran tenido jefes numantinos Pasto habría sido otra Numancia (9 de junio de 1.822)". Para los pastusos el servicio del Rey era como un mandato de la religión.

Los años de 1.827 y 28 transcurrieron en Pasto en calma hasta que el Perú inició su campaña sobre las provincias de Azuay, Loja y Guayas, pertenecientes al departamento de Quito, las que deseaba incorporar al Perú el Mariscal Lamar (nacido en Cuenca). Lamar gobernaba el Perú, siendo quiteño, cosa que le creaba una situación bastante incómoda.

Obando y López habían insurreccionado todo el Cauca contra Bolívar, acusándolo de dictador y de tirano. Estos generales cortaron las comunicaciones entre Bogotá y Quito. En una situación muy delicada, de orden internacional, la actitud de los dos jefes caucanos estaba próxima a un caso de traición. El 12 de octubre lanzó una proclama Obando, que, entre otras cosas decía: "La poderosa Perú marcha triunfante sobre ese ejército de miserables (los colombianos). El Perú, triunfante de Bolivia y de Colombia, viene a proteger nuestro lanzamiento". Algo más: Al pueblo y los campesinos de Pasto les aseguró que, si lograba derrotar a Bolívar, juraría de nuevo a Fernando VII. Así lo afirman los historiadores Groot y Posada Gutiérrez. A actos de esa naturaleza se les dá el nombre de felonía.

Todo esto hacían los dos generales, mientras en la frontera con el Perú el ejército colombiano se organizaba para contener a los invasores. El señor Groot considera que a Obando no le importaba que los peruanos pusieran los límites de su país en el río Mayo, pues aún perdida la provincia de Pasto la Nueva Granada quedaba aún bastante grande y suficientemente rica para pagar muchos empleados, cual es el ideal de los políticos suramericanos.

El Libertador, que deseaba dirigir personalmente la campaña contra el Perú, siguió con un ejército hacia el sur. Pero como le cerraban el paso en Pasto Obando y López, resolvió enviar a dos eclesiásticos para que buscaran un acuerdo con los dos insurgentes. El Libertador volvía a encontrarse en situación semejante a la de 1.822 y era mejor buscar una transacción pacífica. Además, su salud era, en esos días, muy precaria. Fue muy oportuno el envío de los dos eclesiásticos a parlamentar, pues ello sirvió para que los hombres de Pasto se percataran de la preminencia que Bolívar otorgaba al clero, y se predispusieran en su favor y se quebrantara la resistencia tenaz contra el Libertador. Empezó la deserción entre las tropas de Obando. Y aunque las condiciones que este impuso al Libertador fueran humillantes, se llegó al acuerdo. A Bolívar le bastaba entrar a Pasto. La entrada sólo tuvo lugar cuando ya las tropas colombianas ,dirigidas por el Mariscal Sucre, habían infligido una derrota casi vergonzosa a las peruanas en el Portete de Tarqui, cerca de Cuenca, la patria chica de Lamar.

La ciudad de Pasto recibió al Libertador con todos los honores debidos a su rango. El pueblo lo aclamó y quedó en paz la ciudad.

No está demás recordar que el 19 de diciembre de 1.826 los oficiales pastusos, coronel Paredes y capitán Villota, seguidores de Obando tuvieron un encuentro con fuerzas del coronel Tomás Pérez, siendo derrotados y pasados por las armas.

Las experiencias del Libertador eran cada día más dolorosas. A la conspiración septembrina seguían golpes, insubordinaciones, deserciones, toda la gama del desorden y la anarquía. En 1.829 redactó

su análisis de la situación en un escrito que tituló "Una mirada sobre la América Española". Allí se hace notorio el arrepentimiento de lo hecho por él. La ingratitud de los peruanos para con Colombia, de los colombianos para con él. En fin, toda una letanía del desencanto y la desilusión.

La historia de Colombia y de los países que se independizaron de España ha sido escrita con una concepción pragmática, de tesis republicana, dirigida a infundirles a niños y jóvenes estudiantes un amor hacia ese tipo de instituciones y un aborrecimiento hacia la forma monárquica del gobierno.

Más, historiadores como el propio Ministro de Estado del Libertador, señor José Manuel Restrepo, no podían ocultar cuál era el régimen que había sustituído al de España en Colombia. Había concluído victoriosamente la guerra de la independencia. Sin embargo, anota el señor Restrepo: "Los pueblos no podían ya sufrir el espíritu militar que dominaba por doquiera. Militares eran los jefes superiores, militares los prefectos y militares los gobernadores de las provincias. Tanto el Libertador, como el Ministro de Guerra Urdaneta, habían prodigado los grados y empleos de la milicia, de modo que los militares y el ejército absorbían todas las rentas públicas. He aquí el cáncer que devoraba a Colombia. Las autoridades civiles eran nulas y muchas veces ultrajadas por los militares; éstos no las obedecían cuando les desagradaba lo que mandaban. Aquellas estaban envilecidas a la vista de los pueblos que en silencio deploraban la tiranía y los excesos de los libertadores. Hízose entonces muy común el dicho de que "no habría libertades mientras hubieran libertadores". Parece una paradoja, verdad?

La alacridad humorística de los aprendices de periodistas de entonces se burlaba donosamente de los gobernantes y de sus maneras de gobernar. En Quito alguien escribía: "Ultimo día de despotismo y primero de lo mismo".

Cuando Bolívar creía ver terminada su obra y llegado el momento de un merecido descanso, no sólo no lo tuvo, sino que le salieron problemas por todas partes. El cáncer de la disolución aparecía por Venezuela con Páez, aparecía en Quito y en la misma Nueva Granada no se quería tener en el Gobierno a los militarotes negros de Venezuela.

Cuando soñaba con una gran Confederación de pueblos latinoamericanos, mayor que la que Washington y sus amigos habían constituído en Norteamérica, su obra más amada, la Gran Colombia, se le deshacía como un terrón de azúcar en el agua.

Un explicable fenómeno ocurría entonces: un numeroso cortejo de generales, coroneles, capitanes, tropa que había guerreado diez o más años, se paseaba por las calles de pueblos y ciudades, rumian-

do su nostalgia de la guerra, con su sable y su uniforme deteriorado. Así como los burócratas de hoy viven del sueldo sin trabajar, así aquellos veteranos deseaban mandar y ganar mucho sin trabajar también. Pretendían que se les obedeciera; que se les rindieran honores y se les saludara con muchísimo respeto. En cambio, los civiles, se burlaban, o se fastidiaban ante la pretensión ignara de los veteranos.

Ni siquiera había pasado una década del ensayo republicano cuando en Bogotá empezó a dársele la razón al espíritu monárquico de los pastusos. Ante el desorden general y el desbordamiento de las ambiciones de gentes ignaras y mediocres, muchos empezaron a dudar de la obra realizada. En Bogotá el Consejo de Ministros estudió ampliamente la posibilidad de traer un príncipe de la Casa de Orleans para crear entre nosotros una monarquía.

Por qué la Casa de Orléans? Por qué se iba a buscar en Francia lo que se había rechazado por español? Un monarca que en vez de hacerse entender en español tratase de hacerlo en francés? Un borbón tras de otro borbón? Porque hay que recordar que los Orléans, que en la Restauración llegaron a reemplazar a los Borbones, cuyo último Luis fue guillotinado, eran Borbones también. El Rey Luis Felipe descendía del Duque de Orléans, hermano éste de Luis XIV el Rey Sol.

Los dirigentes de Bogotá observaban, con pesar, que había más libertad, garantías individuales y orden interno en regímenes monárquicos como Inglaterra, por ejemplo, que en las nuevas repúblicas de América, en donde cualquier militarote echaba por tierra las instituciones e imponía su omnímoda voluntad. Un tiranuelo que acababa de caer, a veces asesinado por los mismos que lo llevaron al poder.

Esta tendencia regresiva hacia la monarquía dejábase sentir también en el Perú, en Argentina, en Méjico y después en Ecuador. Por donde resultaba un despropósito mayúsculo el haber sacrificado millares de soldados, de parte y parte, en las guerras de Pasto, para después ponerse a pensar en la posibilidad de traer un príncipe europeo a gobernar estas tierras.

El Consejo de Ministros decidió consultar al Libertador los propósitos monárquicos. Ya habían sido enviados a Europa los negociadores Leandro Palacios y José Fernández Madrid para que iniciaran conversaciones al respecto en París y también en Londres.

Por fortuna Bolívar conocía las sangrientas ocurrencias de Iturbide en Méjico, las de Dessalinnes y Henry Cristophe en Haití. Todos se coronaban emperadores a la usanza de Napoleón Bonaparte, pero en escenarios minúsculos. El Libertador contestó con bastante

tardanza desde Popayán, por intermedio de su secretario Espinar, dando un nó rotundo a las propuestas que se le hacían, donde iba envuelta también la idea de que Bolívar asumiera el gobierno vitalicio, para ser reemplazado, a su muerte por un príncipe. Algo semejante a lo que hoy ocurre en España.

La persona directamente interesada en las negociaciones fue el propio historiador Restrepo. La negativa del Libertador le dolió inmensamente. No le gustó que él hubiera demorado cuatro meses en dar respuesta, pues ello dio lugar a que en Europa se hubieran adelantado unas gestiones que al cabo quedaron sin piso. Y que dejaron al gobierno colombiano en una situación bastante desairada ante las cortes de Europa.

Veamos cómo relata el doctor Restrepo los pormenores de las infortunadas gestiones: "Al ver muchos de los hombres de experiencia y de influjo en los negocios, residentes en Bogotá, el estado alarmante que tenía la subsistencia de la Unión Colombiana; al considerar el único vínculo que ligaba a las diferentes partes de esta hermosa república de Bolívar, su fundador, cuyas enfermedades y vejez prematura no prestaban garantías de que viviese lo bastante para dar cima a la obra comenzada; al meditar, finalmente, las fuertes antipatías que existían, por desgracia, entre granadinos y venezolanos y las que profesaban contra ambos los hijos del Ecuador, naturalmente miraban con ansiedad el porvenir de Colombia que no podían juzgar duradero. A tales motivos, fundados de temor, se añadían las revueltas originadas de las elecciones de Presidente y Vicepresidente, que habían puesto a Colombia a punto de dividirse, y la inmensa lista militar compuesta en gran parte de jefes audaces y ambiciosos, émulos algunos del Libertador, que aprovecharían la primera ocasión que pudieran atrapar, a fin de dividir el territorio y mandar con independencia en la sección que les tocara. Todos estos y otros varios motivos reunidos, hacía escogitar a muchos antiguos y verdaderos patriotas, cuál sería el remedio para que subsistiera largo tiempo el magnífico Estado de Colombia.

"Después de muchas meditaciones pareció a algunos, entre los cuales se contaban los miembros del Consejo de Ministros, que Colombia no podía subsistir regida por instituciones republicanas que prescribían un Jefe electivo cada cuatro años, según lo establecido por la Constitución de Cúcuta, pues infaliblemente se dividirían por las antipatías y rivalidades existentes y las que exitaban las cuestiones eleccionarias. Fueron, pues, de opinión que el único gobierno que daría al territorio colombiano garantías de orden y estabilidad, sería el **monárquico constitucional** llamando al trono a un príncipe extranjero de las antiguas dinastías de Europa.

"Pero al mismo tiempo creyeron que era preciso combinar con esta idea capital: Qué se haría en tal caso con el Libertador? Parecía que su grande influjo era necesario para hacer la transición y consolidar a Colombia; ésta además, no debía olvidar los eminentes ser-

vicios que le había prestado para conseguir su independencia, y que los pueblos estaban acostumbrados a obedecerle. Creyeron, pues, algunos resolver el problema estableciendo: Que se adoptara en principio la monarquía constitucional en Colombia; y que Bolívar, mientras viviera, mandase en ella con el título de Libertador Presidente; pero que desde ahora se llamase a un Príncipe extranjero a sucederlo, quien sería el primer rey, y hereditario el trono de sus descendientes. En cuanto a la elección del Príncipe, pareció a algunos que sería acaso lo más convenientes escoger de la familia reinante en Francia, entre los hijos del Duque de Orléans".

EL ECUADOR EN POSESION DE PASTO

En mayo de 1830, a tiempo que en Caracas se reunía un Congreso para proclamar la separación de Venezuela, el General Juan José Flórez fomentaba en Pasto un movimiento anexionista al nuevo Estado que se llamaría Ecuador, con capital en Quito. Consiguió que algunos clérigos, obedientes a los mandatos del Obispo de Quito, suscribieran en Pasto una declaración en favor de la incorporación de la Provincia de Pasto al Ecuador. En este afán estaban involucrados también algunos ciudadanos de Pasto. El General Flórez se apresuró a aceptar la anexión y declaró estar dispuesto a defenderla por todos los medios a su alcance.

El 13 de mayo se había llevado a cabo la separación del Ecuador y el 4 de junio caía asesinado en Berruecos el Mariscal Antonio José de Sucre, cuando se dirigía a Quito en un supremo esfuerzo para contener la disolución de la Gran Colombia. Nunca se sabrá a punto fijo si el asesinato estuvo planeado por Flórez; autor de la separación del nuevo Estado; si por Obando, quien conspiraba contra el Libertador y sus hombres de confianza, o por los mismos enemigos que actuaban contra Bolívar y sus hombres en el corazón de la República: Bogotá.

Nunca, como en este junio de 1.830, fue más desolador el panorama de Colombia: la disolución de la gran nación que creara la mente ambiciosa de Bolívar; la enfermedad de este ilustre Libertador; el asesinato de Sucre; las revoluciones y motines que surgían por todas partes. Un general Moreno trataba de anexar los Llanos de Casanare a Venezuela. Obando y López ansiaban también formar una República con el Cauca y Antioquia, o dudaban entre incorporarse al Ecuador o mantenerse dentro de la Nueva Granada. Tenían un buen pretexto para su rebeldía: Venezuela pasaba a ser un Estado mandado por el venezolano Páez; Ecuador, mandado por el venezolano Flórez y, para colmo de colmos, la Nueva Granada estaba en poder de un dictador venezolano: Urdaneta. Como coquetearan con Flórez, este no vaciló en extenderles una credencial como diputados al congreso constituyente de Quito, en donde se les esperaba con vivo interés.

En 1.828, el concepto del Libertador acerca de los Generales López y Obando era el siguiente:

"López (J. H.) es malvado, es un hombre sin delicadeza y sin honor, es un fanfarrón ridículo lleno de viento y vanidad. Todo valor, consiste en el engaño, la perfidia y la mala fe. En una palabra, es un canalla". (Perú de Lacroix - Diario de Bucaramanga).

"José María Obando, más malo que López, peor si es posible. Es un asesino, con más valor que el otro: un bandolero audaz y cruel, un verdugo asqueroso, un tigre feroz, no saciado aún con la sangre que ha derramado en Colombia. Por último, son dos forajidos que deshonran al ejército a que pertenecen y las insignias que llevan. Dos monstruos que preparan días de luto y de sangre para Colombia".

Las previsiones del Libertador no tardaron en cumplirse con exceso. Ambos generales prendieron la guerra civil en el Cauca contra la Dictadura de Bolívar, pidiendo la vigencia de la constitución de Cúcuta. Al iniciarse la guerra con el Perú se pusieron del lado de los invasores de Colombia, cortando comunicaciones entre Bogotá y el frente militar con la ocupación de zonas en el sur de la Nueva Granada. Nuevamente en 1.830, en 1.831 encendieron la guerra civil en el sur y así siguieron sembrando la muerte y la destrucción en el territorio de Colombia hasta el último instante de sus vidas.

El 11 de noviembre del mismo año 30 se reunió en Buga una asamblea para decidir acerca de la anexión del Cauca al Ecuador. La resolución fue afirmativa, por mayoría de votos. Contó esta Asamblea con el valioso apoyo del señor José Rafael Arboleda, a quien algunos entusiastas asambleístas candidatizaban para futuro presidente del Ecuador. Se ha creído que esta Asamblea fue inspirada por el General Obando en cuyas manos estaba el permitir o impedir la instalación y labores de la improvisada corporación.

Don Francisco José Quijano, jefe político de Popayán y amigo de Obando, promovió en esta ciudad una reunión popular, la cual aprobó un acta donde se declaraba que: "1o.) El Circuito de Popayán se agrega libre y espontáneamente al Estado del Ecuador, bajo su sistema constitucional y leyes que lo rigen, sometiéndose al Jefe del Estado... (3o.) Las autoridades que actualmente nos gobiernan continuarán en el ejercicio de sus funciones hasta que el Supremo Gobierno del Ecuador resuelva otra cosa conforme a la Constitución y a las leyes del Estado..."

Popayán estaba entonces bajo el gobierno civil y militar de Obando y José Hilario López. Nada podía hacerse sin el consentimiento de ellos. López dice en sus **Memorias** "tuve la inspiración de proponer a muchas personas notables de Popayán agregarnos al Ecuador, condicionalmente, puesto que el gobierno colombiano no existía". Esta confesión de boca da la clave de todos los movimientos revolucionarios que desde este año en adelante protagonizaron en el Cau-

ca y especialmente en Pasto, Obando y López. Así se vio a los tres generales inculpados del asesinato de Sucre comer en el mismo plato y darse el abrazo del perdón por sus mutuas inculpaciones. Y así se les vio en adelante guerrear sin descanso, a todo lo largo de sus vidas, tras el poder, sin importarles la ruina y la miseria de los pueblos recién liberados, ni el descrédito del país ante el mundo civilizado. Sin embargo, hay muchos que consideran a estos generales como próceres de la nacionalidad...

Luego López y Obando volvieron sus miradas hacia el norte. Hablaban en nombre de la legitimidad. La legitimidad armada, en vez de la legitimidad por los medios cívicos o pacíficos. Y mientras Flórez ocupaba a Popayán y Pasto los dos generales siguieron hacia el Valle del Cauca. Urdaneta había enviado fuerzas hacia el sur para someter a los dos rebeldes. Los vencedores siguieron a Bogotá, luego de hábiles convenios en los cuales siempre llevaron la mejor parte. Urdaneta renunció y asumió la presidencia el vicepresidente Domingo Caicedo. López se presentó ante Caicedo con el título de **General Ecuatoriano auxiliar de la Nueva Granada,** pero Caicedo lo convenció para que se despojara de tan sonoro título, a cambio del de "Comandante de las Fuerzas del Gobierno Granadino". La ambición y la vanidad de López estaban satisfechas con exceso. Y hé aquí que el 15 de mayo de 1.831 vemos a López presidiendo una vistosísima parada militar que partía a San Victorino y llegaba hasta la Plaza Mayor con tremendo ruido de tambores, cornetas, cohetes y repiques de campanas. Todo esto mientras que en Quito se le acomodaban los epítetos de traidor y venal, según lo asegura el historiador Fermín Cevallos.

La ciudad de Popayán había sido ocupada por el Batallón Quito al mando del Coronel Manuel Zubiría y Pasto se encontraba bajo la custodia de importantes fuerzas del Ecuador. Había algunos destacamentos ecuatorianos en el Chocó y en Buenaventura. Flórez pensando en otra cosa, había cuidado las espaldas de Obando y López en el sur, para permitirles accionar sobre Bogotá.

Pero ahora, cambiada la situación política, López y Obando debían reparar el daño hecho a la Nueva Granada al facilitar la incorporación del Cauca y del Chocó al Ecuador. Con la misma facilidad con que hicieron la anexión, procedieron a deshacerla. Un motín habido en Popayán por la prisión del Coronel Sarria, obligó al Coronel Zubiría a desocupar la plaza y regresar a Pasto. Ante las demandas de López para que Flórez consintiera en el retorno del Cauca a la nacionalidad granadina, Flórez accedió, pero exceptuando las provincias de Pasto y Buenaventura. Las discusiones prosiguieron hasta cuando el Gobierno de Bogotá, agotadas las vías pacíficas, dispuso la movilización de un ejército hacia el sur, al mando del General Obando.

El General Flórez, por su parte, lanzó una proclama belicista en la cual invitaba al ejército y al pueblo del Ecuador a coronarse de gloria en las futuras victorias militares. Los aprestos de parte y par-

te hacían temer una sangrienta guerra entre los pueblos hasta entonces tenidos como hermanos.

Pero desafortunadamente las cosas ocurrieron de distinto modo. A mediados de septiembre de 1.832 encontrábase el General Obando cerca del río Juanambú, comandando un ejército de 2.500 hombres. Tenía a su favor la defección del comandante ecuatoriano Sáenz, encargado de la vigilancia del río Mayo con 130 hombres. El Juanambú estaba muy crecido y hubo que apelar a tarabitas para pasar una compañía de soldados de la región, los que desempeñarían el papel de avanzadas. Estas ascendieron hasta Chacapamba y allí se entregaron al reposo. Las cosas andaban mal para Flórez, pues había tenido que acudir a Quito en donde el batallón Vargas, formado por venezolanos, se había insubordinado. Quedó, pues, en Pasto, como Jefe el general Farfán. Tenía a su disposición la columna **Pichincha** de dos mil hombres. Además un escogido batallón de milicias pastusas.

Obando, en tanto, estaba angustiado por la falta de noticias de sus avanzadas, para emprender el paso del Juanambú. De pronto aparecieron soldados de las avanzadas, desarmados, fugitivos y con la mala noticia de haber sido sorprendidos en Chacapamba por el enemigo. Farfán, por su parte, había despachado 200 hombres con el objeto de situarse a la defensa del río Juanambú. Al anochecer, la tropa arribó a Chacapamba y, sorpresivamente, dió de manos a boca con las avanzadas de Obando. Los ecuatorianos hicieron una descarga y se pusieron a la espera de la respuesta, luego de buscar posiciones favorables para el combate. En el despliegue apresaron 16 hombres. Estos fueron traídos presos a Pasto y allí informaron, bajo juramento, que Obando había pasado el Juanambú con cinco mil hombres, y que venía sobre Pasto.

Creyendo en la veracidad de tales informes, Farfán dispuso que sus tropas abandonaran la ciudad con dirección a Túquerres. Esto a pesar de que el Batallón Milicias de Pasto lo invitó a permanecer en la ciudad y resistir. Como no fueron escuchados por Farfán los milicianos trataron duramente a los ecuatorianos y se disolvieron.

Cuando Obando se enteró de que la compañía de avanzadas había sido sorprendida en Chacapamba, conjeturó, a su vez, que el avance sobre Pasto iba a ser infructuoso y difícil. Entendió que Flórez tenía fuertemente defendidas las posiciones de Buesaco, Chacapamba y Tacines. Entonces optó por la retirada a Popayán en espera de refuerzos para abrir operaciones sobre Pasto. Ya estaban ensillados los caballos y las mulas cargadas con equipaje, municiones de boca y de guerra para emprender la retirada, cuando unos soldados anunciaron que por el camino de Buesaco descendían unos jinetes a todo galope, agitando pañuelos blancos. Qué grata sorpresa se llevó Obando cuando conoció que se trataba de tres caballeros pastusos que venían dando gritos de "Viva la Nueva Granada", y traían la feliz noticia de que Flórez se encontraba en Quito y de que Farfán había abandonado Pasto para seguir a Túquerres. Los tres seño-

res pastusos se adelantaron —dice el general Posada Gutiérrez, segundo jefe del ejército granadino— a anunciar nuestra próxima entrada a la ciudad y a preparar los repiques de campanas, los cohetes y el refresco, cosas de rigor para la recepción de los ejércitos victoriosos.

El mismo general asegura, con cierta ironía que, "sin la oportuna llegada de los tres caballeros pastusos se habría visto correr los unos hacia Quito y los otros hacia Popayán. En este caso, qué habría sucedido? Dios mío! Sobre unos y otros hubiera caído la más merecida rechifla". La historia es amena, ciertamente y fuera increíble si no estuviera contada por quien fue uno de los principales actores.

Así terminó, por fortuna para ambos países este que si no fue encuentro militar entre dos pueblos hermanos, fue un hecho que evitó un inútil derramamiento de sangre, en una época en que ya había corrido demasiada; en una época dolorosa de destrucción, de miseria y de enfermedades. La entrada a Pasto tuvo lugar el 22 de septiembre de 1.832.

El propio General Posada Gutiérrez, entre otras observaciones hace las siguientes:

"La ciudad de Pasto, por su extensión, por sus edificios derruídos manifestaba que debió en mejores días ser una grande e importante ciudad, pero pocas en las guerras de la independencia sufrieron tanto. Para esos días, todavía quedaban las huellas de la salvaje destrucción que sufrieron los edificios en sus muros, puertas y ventanas del 24 de diciembre de 1.822 en adelante. Dice en otra parte de su relato: "El 22 de septiembre por la tarde el ejército de Obando lanza gritos de alegría al ver el valle de Pasto y con razón: Nada tan bello como aquel valle encantador, más bello que el risueño de Guadas, más bello que el espléndido de Medellín".

Flórez, completamente desalentado con la ocupación de Pasto, informó del hecho al Congreso de Quito. Este designó al general Antonio Martínez Pallares para que celebrara un armisticio con los representantes del Gobierno granadino. Luego Obando se trasladó a Túquerres a discutir con Flórez los términos de un tratado de límites. El 8 de diciembre de 1.832 se firmó en Pasto el tratado de Paz, Amistad y Alianza, con el cual la Nueva Granada y el Ecuador se reconocían como Estados independientes y soberanos y se señalaban los límites entre los dos países, según los cuales las provincias de Pato y Buenaventura quedaban formando la Nueva Granada.

LA REVOLUCION DE LOS CONVENTOS

Las comunidades de Pasto disfrutaban de una generosa autonomía, pues dependían nominalmente del Obispo de Popayán. Pero en realidad los conventos recibían órdenes de sus superiores de Quito. A Quito enviaban el producto de los legados, bienes raíces que

en Pasto poseían. Que no eran pocos. Los frailes que quedaban en Pasto eran pocos, puesto que algunos fueron muertos por los patriotas y otros huyeron o fueron expulsados. Los que quedaban eran ecuatorianos o pastusos.. Ya habíamos dicho que Pasto fue, durante largo tiempo, una rueda loca en cuanto a la administracin civil como en lo eclesiástico. Esta situacin facilitaba, en cierta manera, las ambiciones caudillistas de hombres como Obando, López, Flórez y Mariano Alvarez, quienes, a favor de esa confusión mantenían el país en constante situación de revuelta. Los pastusos, a su vez, se habían adaptado a este nuevo estilo de guerrillas y de permanente zozobra. Otros trataban de mantener así cierta autonomía que les permitía desobedecer órdenes cuando venían de Quito, porque decían pertenecer al gobierno granadino y depender también del Obispo de Popayán. Y cuando los mandatos venían de Bogotá a Popayán decían que esta provincia dependencia del gobierno civil o del obispo de Quito.

Tenemos a la vista un retrato al óleo, de cuerpo entero, del padre Villota, donde se lee: "Doctor FRANCISCO DE LA VILLOTA, PREPOSITO DE LA CONGREGACION DE SAN FELIPE, NERI, DE PASTO. DEJO DE EXISTIR EL 20 DE JULIO DE 1.864. A LOS 75 AÑOS DE EDAD". Sobre su fondo azul oscuro se adelanta la figura de un monje, con estampa ascética y casi fúnebre, apta para ser incorporada al "Entierro del Conde de Orgaz". Larga y flaca es la figura, encorvada por el paso de los años y de una severa disciplina monástica. En la mano izquierda ostenta las llaves de la comunidad que regentaba. Decíase que él obraba milagros aún en vida. Alguna vez, desde el púlpito dirigió una dura reprimenda por la vida disoluta que sus feligreses llevaban. Y los amenazó que, de no mejorar las costumbres, iba a venir un terremoto que no dejaría piedra sobre piedra de la ciudad corrompida. A los pocos días (dicen que ocho) sobrevino efectivamente un pavoroso temblor de tierra que medio destruyó la ciudad y llenó de espanto a los habitantes.

El 5 de junio de 1.839 el congreso de Bogotá dictó una Ley que suprimía los conventos de San Francisco, San Agustín, La Merced y Santo Domingo. Quedaba a salvo el convento que regentaba el P. Villota. Este sacerdote había escrito un poco antes, el 30 de abril, una carta al Obispo de Popayán con términos como éstos:

"...la experiencia ha enseñado en todos los siglos, desde que hay religiones, que ha sido más fácil fundar un instituto nuevo, que reformar otro; así es que ni aún los santos lo han podido, sino los señalados por Dios, tal un San Juan de la Cruz, un San Pedro Alcántara y una Santa Teresa de Jesús... Ya conocerá V. S. Ilustrísima los decretos del Congreso ecuatoriano acerca de los conventillos y, aunque estos de Pasto no son comprendidos en lo material, por ser de diverso Estado me parece que en lo formal quedan sin duda alguna comprendidos, por lo cual V. S. Ilustrísima empezará a indicar qué resortes deben tocarse, cuándo y de qué modo". "Al buen entendedor...

Saberse en Pasto lo determinado por el Congreso de Bogotá y salir el Coronel Mariano Alvarez, Fidel Torres y otros guerrilleros a alborotar al pueblo fue obra inmediata. Estos fieles amigos del general Obando entraron en acuerdo con los frailes y el pueblo todo se trasladó donde el P. Villota a requerirlo para que explicara su posición. No aceptamos, decían, que el gobierno civil se entrometa en asuntos que son privativos de la iglesia. Cómo se iba a arrebatar sus bienes a los conventos para que los frailes tuvieran que salir a ejercer la mendicidad? Por qué se les arrebata sus bienes para dedicarlos a obras públicas y evangelización del Putumayo? Por qué se quería expropiar violentamente sus bienes a los conventos, con el pretexto de destinarlos a otras obras educativas? Y hé aquí que el Padre Villota monta a caballo empuñando el estandarte de San Francisco y, seguido de millares de hombres y mujeres inflamados en ira santa, recorrió la ciudad instando a los fieles a desconocer la ley injusta.

El jefe militar de la Provincia, mayor Manuel Mutis huyó de la ciudad. He hizo bien porque quizá su pellejo corría peligro. Dejó las armas en poder del Coronel Mariano Alvarez. Este, de acuerdo con el P. Villota expidió un manifiesto:

ARTICULO 1o.— Los infrascritos y el pueblo de Pasto declaran solamente que obedecen al gobierno de la República y a las autoridades constituídas que solicitan las siguientes concesiones:

1) Que el señor Gobernador de la Provincia no llevará a efecto la publicación del decreto de supresión de los conventos de esta ciudad.

...3) El señor coronel don Antonio Mariano Alvarez continuará instruyendo las milicias para que de este modo se establezca el orden...

4) Que el parque se entregue al cuidado de los señores proponentes (P. Villota y Cor. Alvarez). Finalmente, se den los debidos reconocimientos a los innumerables beneficios que en las presentes circunstancias ha hecho el señor Presbítero Francisco de la Villota, quien ha evitado con su persuasión, influjo y actividad, el derramamiento de sangre, los desastres que se tocaban ya y otros males incalculables". El mismo día 3 de julio, el gobernador de la Provincia, Antonio José Chaves, otorgaba su aprobación a lo pedido, difiriendo la ratificación al señor Presidente de la República. Ahí hubiera terminado el lío. Pero Bogotá insistió en el cumplimiento de la Ley. El Poder Ejecutivo desaprobó las concesiones que por la fuerza y la violencia se arrancaron al Gobernador de Pasto. El general Pedro Alcántara Herrán ha sido nombrado Comandante en Jefe de una División que debe restablecer el imperio de la Ley en Pasto.

Obando deseaba ahora ser nombrado pacificador. Por ello su ánimo se contrarió al saber la escogencia de Herrán. El 27 de julio llegó a Popayán el Jefe gobiernista. De allí fue enviada una comi-

sión a Pasto para que se entendiera con Alvarez y el P. Villota, a fin de convencer a estos para que acataran la ley y se sometieran.

Los Padres Liñán y Urrutia recibieron este difícil encargo. Como la misión de estos fracasó, fue a Pasto el General Herrán, pero tuvo que volver a escape ya que su vida estaba en peligro, según él mismo lo dijo. PASTO no aceptaba solución distinta de la pedida por Alvarez y el P. Villota. Agréguese a ello que Estanislao España había invadido la Provincia de Túquerres y derrotado a una tropa leal del Gobierno de Bogotá. El guerrillero Andrés Noguera apareció con grupos indígenas armados, otra vez con el grito de "VIVA EL REY". El coronel Alvarez hablaba, a su vez, de implantar un sistema federativo de Gobierno para la Provincia de Pasto. Pero entre tanto el general Herrán había pasado el Juanambú y ya ocupaba el pueblo de Buesaco. Allí fue atacado el 31 de agosto. Los frailes impartían absoluciones y bendiciones a sus soldados, prometiéndoles la gloria eterna, al grito de Viva la Religión. Se precipitaban las montoneras mal armadas contra las escasas pero veteranas tropas de Herrán, las cuales hacían fuego con una puntería tal que en dos horas quedaron diezmadas y vencidas las tropas de paz de Pasto. Quedaron prisioneros Alvarez, sus tenientes, numerosos indios y el P. Villota, quien posteriormente fue sometido a varios interrogatorios. Los frailes fugaron con gran celeridad. Al día siguiente Herrán entró a Pasto y publicó un indulto para Alvarez, el P. Villota y demás comprometidos. Al propio tiempo se leyó por bando el decreto sobre supresión de los conventos.

Como todas las ocupaciones de Pasto, esta de Herrán sirvió para provocar el ánimo guerrero y la venganza de los que habían sido vencidos en Buesaco. Nuevamente Andrés Noguera, con Estanislao España organizaron partidas armadas que se presentaban por las goteras de Pasto y mataban soldados, llevándose armas y municiones. Nunca presentaban combate franco. Sólo el último día de 1839 logró Herrán derrotar a Noguera en Chaguarbamba. La situación se hacía otra vez comprometida para Herrán. Pocos días después empezaron a enfermar sus tropas. Continuaba implacable el asedio de los guerrilleros y no venían los auxilios que pedía insistentemente de Bogotá.

El espectro de la derrota rondaba los cuarteles de Herrán. Las deserciones eran más frecuentes. Obando estaba próximo a Pasto. Este sabía que, ganado el apoyo de los pastusos, podía hacerse fuerte en la provincia por mucho tiempo. Contaba Obando con cierto aprecio entre todas las clases sociales de Pasto. También entre los indios. El indio que mora en Pasto no es como el de otras regiones, tímido, humilde. El indio pastuso es franco y decidido. Se mezcla con el blanco y el mestizo. Ha asimilado los modos y costumbres de éstos. Se presenta ante las autoridades y formula sus reclamos con energía. Entra y sale de la ciudad con sus músicas y sus santos por navidades, San Juan, Semana Santa, lanzando cohetes y gritos alegres. Acude a la guerra y se comporta igual que los blancos en el combate. Sus tácticas guerrilleras lo hacen temible, porque casi siempre es enemi-

go invisible y disimulado. Su sentido religioso hace que en cada grupo de casas construya una iglesia donde va un sacerdote a celebrar una fiesta independiente de las de otras veredas. Estas numerosas iglesias, con sus altas torres alzándose sobre las colinas le dan al paisaje del valle de Atriz un aspecto pintoresco que pocas regiones ostentan. Los pueblecillos que están al pie son los que mejor se destacan.

El General Obando fue a Bogotá con el fin de explicar su conducta en lo relacionado con la revolución de los conventos, ya que se le acusaba de ser promotor intelectual de ella. Allá tuvo el famoso duelo con el General Tomás Cipriano de Mosquera su implacable enemigo. Como del duelo a pistola ambos contendientes resultaron ilesos la cosa dió lugar adivertidos gracejos y comentarios. Regresó a Popayán, mas no sintiéndose seguro vino a Pasto dizque para someterse al juicio que se le había instaurado por el asesinato de Sucre. Entró en conversaciones con el general Herrán, que tenía la misión de batir a Obando y entre ambos lograron convencer a los guerrilleros Noguera y España para que cesaran en sus empeños belicosos.

A Obando le dieron en Pasto la casa por cárcel. Y continuó el proceso. Al inquieto caudillo no le faltaban informaciones acerca del estado de cosas en el resto del país. Como el fermento revolucionario se extendía cada vez más por todas partes. Los apuros en que se encontraba el Presidente Márquez. En vista de todo esto abandonó la ciudad el 6 de julio y fue a reunirse con sus amigos para organizar otra revolución. En ocho días reunió setecientos hombres. Publicó proclamas en las cuales aparecía como 'SUPREMO DIRECTOR DE LA GUERRA EN PASTO, GENERAL DEL EJERCITO RESTAURADOR Y PROTECTOR DE LA RELIGION DEL CRUCIFICADO". Ya la religión podía descansar tranquila con semejante PROTECTOR. Con sus guerrillas se dedicó a acosar a las fuerzas del gobierno, matándoles soldados cada día y arrebatándoles víveres, reses y armamento.

Mosquera y su yerno Herrán decidieron acabar con el eterno faccioso de una vez por todas. Como era posible que después del indulto de "Los Arboles" y estando procesado por asesinato, Obando fuera a alzarse en armas otra vez? Para asegurar el éxito incurrieron otra vez en el error de invitar a Flórez para que viniera de Quito con su ejército a colaborar en la destrucción de Obando. Ni corto ni perezoso, Flórez, vino con su ejército a Pasto. Nunca dejó de pensar en la necesidad de que la suya fuera una república tan grande como Venezuela o la Nueva Granada. Si no era posible añadir el Cauca al Ecuador, buena cosa era agregarle la provincia de Pasto. Y no le faltaban razones para confiar en un resultado favorable. Don Angel y Don Rufino J. Cuervo, historiadores muy serios, dicen en la biografía de su padre Don Rufino, que Herrán ofreció emplear lo poco que valía como hombre privado" en apoyar que se fijaran los límites del Ecuador en el Guáitara hasta su desembocadura en el Patía y de allí por éste hasta la costa, mediante, justas indemnizaciones

y bajo el supuesto de que la negociación no debía celebrarse hasta que la Provincia de Pasto estuviese perfectamente tranquila". Equivalía a ceder las dos terceras partes de lo que hoy constituye el departamento de Nariño a cambio de pacificar la comarca. El otro párrafo de la misma biografía se lee "Mosquera hizo también, por su parte, privadamente a Flórez, en una entrevista que él tuvo en Ibarra, las mismas promesas de Herrán con respecto a límites". En otro lugar se cuenta que Mosquera opinaba que lo mejor sería salir de ese quebradero de cabeza de Pasto, entregándolo al Ecuador. Y los mismos historiadores agregan, por su cuenta que "Pasto era un cáncer para la paz de Colombia". Pasto no era el cáncer. El cáncer lo eran aquellos ilustres generales Mosquera, Herrán, Obando, López, empeñados en tomarse el poder por medios militares, antes que por recursos de orden pacífico. Pasto era el trampolín para saltar Obando sobre el centro del país, sobre sus enemigos; el clan de los Mosquera que le perseguía sin darle cuartel.

Dijimos que Flórez vino a Pasto con su ejército. El 23 de septiembre se firmó en Túqueres una acta entre Mosquera y el general ecuatoriano Leonardo Stagg en cual se señalaban los sueldos, honores y recompensas a que se hacían acreedores los ecuatorianos que venían a combatir a Obando.

La llegada del ejército de Flórez desconcertó a Obando. Pero mucho más a sus tropas, que empezaron a desertar ante la desigualdad de la lucha que se avecinaba. El célebre Andrés Noguera intentó pasarse también a su antiguo amigo Flórez. Pero Obando, que lo supo a tiempo, lo fusiló con dos de sus compañeros. Así terminó su carrera este inquieto, cruel y valeroso guerrillero. Como fue su vida, fue su muerte.

Obando dispersó sus tropas en guerrillas, las más numerosas de las cuales las comandaba Estanislao España en Chaguarbamba. Luego se replegó hacia el caserío de la Laguna. Allí cerca, en Huilquipamba, los tres generales, Mosquera, Herrán y Flórez sorprendieron a Obando, derrotándolo completamente el 26 de septiembre. Mas Obando logró huír. La provincia quedó casi apaciguada.

Como la revolución cundía en todo el país, Flórez recibió una solicitud para que con su ejército siguiera al norte para conjurar la subversión. La carta venía escrita y firmada por el propio doctor JOSE IGNACIO MARQUEZ, Presidente de la República. Por fortuna, Flórez vaciló en tomar una decisión puesto que no contaba con alguna autorización del congreso ecuatoriano. Contentóse, pues, con mantener la posesión de la provincia de Pasto.

Por tercera vez reapareció Obando en Timbío (febrero de 1.841), levantando las banderas de la revolución. En abril derrotó las fuerzas del gobierno comandadas por Borrero y Sarria, lugarteniente de Obando, ocupó a Popayán. Estas fueron buenas nuevas para Flórez, quien puso en juego sus más hábiles tácticas. El 12 de mayo se dio publicidad a las actas por medio de las cuales Pasto y Túquerres

se pronunciaban por su anexión al Ecuador. Túquerres lo hacía en forma irrevocable. Pasto con una reserva. Barbacoas y Tumaco resistieron a las presiones de Flórez, negándose a firmar papeles semejantes. Las actas de Pasto y Túquerres fueron celebradas en Quito con salvas de artillerías, repiques de campanas, iluminación general de la ciudad y corridas de toros. El gobierno de Quito sancionó la anexión por medio de un decreto. En Pasto, las autoridades que no inspiraban confianza plena a Flórez, fueron reemplazadas por otras más dóciles. Porque la verdad, la mayor parte de la población se había negado a firmar las actas de anexión. "Pronunciamiento" se les llamaba. Como Flórez impuso cuotas para el sostenimiento del ejército ecuatoriano, la ciudadanía presentó resistencia a esa medida.

El pronunciamiento de Túquerres decía: "El Cantón Túquerres se reincorpora y vuelve al seno de su antigua madre patria. Es y será para siempre parte integrante e indivisible de la república ecuatoriana, correrá su propia suerte sea cual fuere, y entrará en participación de las bendiciones que el cielo la dispense con mano liberal".

El embajador Rufino Cuervo entabló en Quito la reclamación para que fueran devueltas a Colombia las regiones ocupadas por Flórez. Pero el gobierno quiteño eludía la consideración de la solicitud por razones especiosas. Así estaban las cosas, cuando de pronto se presentaron a Flórez los indios de La Laguna pidiendo armas dizque para ir a combatir a los facciosos de Obando. Los comandaba Simón Josa. Lo que hicieron fue, con esas armas, marchar al río Juanambú y matar al comandante ecuatoriano Ramón Villota y a su tropa, que custodiaba el río. Simultáneamente aparecieron Estanislao España y Fidel Torres, los conocidos jefes y reuniendo al pueblo pastuso alcanzaron al coronel ecuatoriano José Martínez, cuando se dirigía al río Mayo y lo derrotaron. Flórez ordenó incendiar el caserío de la Laguna, lo que se cumplió estrictamente, siendo traídos, además, presos a Pasto los niños y mujeres que allí fueron encontrados. Esto enardeció aún más los ánimos. Cada día, cada noche aparecían muertos los soldados de Flórez en distintos lugares. Este no tuvo más recurso que abandonar la ciudad y dirigirse a establecer su cuartel general en Túquerres. Pero allí también los pueblos se dedicaron a hostigar a la columna batallón "Pichincha". Muchos soldados eran desarmados y muertos. Su ejército constaba de cerca de tres mil hombres.

El desastroso fin de Obando, batido por el General Barriga en la Chanca, venía a desbaratar sus planes sobre Pasto. Obando había huído hacia el Perú por el Putumayo. Los pueblos de Pasto y Túquerres se negaban violentamente a pertenecer al Ecuador. Pasto suscribió una acta restituyéndose al territorio granadino.

Mosquera, triunfador en Tescua y Posada, triunfador en Riofrío, vino a Pasto con un ejército de 2.500 hombres. Previamente le había hecho saber a Flórez, por intermedio del capitán José Francisco Zarama, pastuso, del desastre de Obando en La Chanca y del fracaso

de la Revolución en todo el país. Flórez se trasladó a Pasto y allí tuvo lugar una recepción extraordinaria a los jefes gobiernistas ,hecho que refiere en sus amenas Memorias del General Posada Gutiérrez. Flórez insistió en el cumplimiento de las ofertas que se le habían hecho por Mosquera y Herrán acerca de la línea limítrofe Guáitara, Patía, quedando para el Ecuador toda la región al sur de estos ríos. El jefe ecuatoriano tuvo que convencerse, tras largas discusiones, de la inutilidad de sus esfuerzos y de la versatilidad de Mosquera. Al fin se celebró una "esponsión" el 3 de noviembre de 1.841, mediante la cual Flórez debía volverse al Ecuador, luego de reconocerle los gastos hechos por su ejército y dejando libre, para Colombia, las regiones que había ocupado.

Mosquera partió hacia Popayán dejando en Pasto una guarnición compuesta por un batallón y una guardia nacional formada por ciudadanos escogidos por su lealtad a la Nueva Granada.

El General Posada Gutiérrez cuenta así la llegada a Pasto:

"Como a una legua de la ciudad, considerable número de ciudadanos nos esperaban a caballo entre ellos algunos empleados ecuatorianos.

"A nuestra llegada fuimos saludados con una explosión de vivas, aclamaciones y cohetes, que espantaron a los caballos, principalmente al del General Mosquera, que, encabritándose, estuvo a punto de dar con él en tierra.

"Antes de llegar a las primeras casas, y en medio de una muchedumbre bulliciosa de gente del pueblo, veinte jóvenes pastusas, vestidas de blanco, con coronas de flores y precedidas de una música, nos hicieron parar... "Las dos primeras, que parecían dos diosas de la mitología se adelantaron y se dirigieron al General Mosquera y a Flórez en los términos más lisonjeros.

"Terminadas las arengas, las demás bellísimas muchachas, revoloteando como mariposas, nos repartían coronas y cintas blancas con letreros alusivos a la fiesta".

"En todo el trayecto hasta la plaza, arcos festonados, en los que flameaban gallardetes tricolores y banderas de varias naciones, vistosos y ricos cortinajes colgantes de puertas, balcones y ventanas daban a las calles un aire de alegría y majestad verdaderamente suntuosa".

Habla de las salvas de cañones, repicar de campanas, marchas militares y miles de cohetes y voladores. Flórez ofreció un banquete a Mosquera en el cual se sirvieron champaña y vinos generosos, cosa rara en Pasto en donde sólo se consumió vino de celebrar.

Cuenta que "dadas gracias a Dios y agua a las manos" como era usanza allá, Flórez insistió en la necesidad que tenía el Ecuador de la frontera del Guáitara para asegurar su existencia. Mosquera prometió ocuparse del asunto, pero juzgaba conveniente consultar la voluntad de los habitantes.

Pero Flórez no tuvo otro recurso que retornar a Quito. No se sabe si le pagó Mosquera o si le pagó Herrán los gastos de su expedición a Pasto. Lo que sí se sabe es que la hostilidad que contra él y sus tropas desataron los habitantes de Pasto y Túquerres precipitó su regreso. Además, mientras buscaba líos en Pasto los tenía bastantes en el país que gobernaba.

LA BATALLA DE TULCAN

Luego de todas las jugarretas imaginadas por Obando, López y hasta el mismo general Mosquera para ganarse la voluntad de Juan José Flórez y tener así arreglada a favor de cada uno de ellos la situación de la provincia de Pasto, continuó la labor de zapa del caudillo Flórez, el permanente intento de anexar al Ecuador la Provincia sureña. En este intento no anduvo del todo desamparado, pues no faltaban personas que, cansadas de las guerras y de sus desastrosos efectos en la Nueva Granada, deseaban hacer parte de la nación ecuatoriana, pero eran pocos. Por otra parte el guerrillero España, último y tenaz partidario del Rey, había sido fusilado en la plaza de San Andrés, de Pasto. Había caído preso unos días después de terminada la **Guerra de los Conventos**.

Que el general Mosquera también participaba de la idea de entregar Pasto al Ecuador se demuestra con la relación que hace el general José Francisco Zarama, aparecida en la obra "Don Julio Arboleda en el sur de Colombia". Cuenta cómo Mosquera lo recibió, delante de su primo don José Rafael y cómo transcurrió la entrevista. Mosquera (Tomás Cipriano) pregunta a Zarama: "Qué dicen de mí los pueblos de la Nueva Granada por donde usted ha pasado?"

—Que es usted el objeto de las esperanzas de esos pueblos y que se le aguarda en ellos como el ángel de salvación, aunque no faltan algunos descontentos, por cuanto se ha divulgado la noticia de que V.B. le ha ofrecido ceder al general Flórez toda o la mayor parte de la Provincia de Pasto para el Ecuador.

En mala hora se interpuso el señor don José Rafael, diciéndome: "Capitán Zarama, no crea usted semejante cosa, no se le dará al Ecuador ni una sola pulgada de nuestro territorio". El general Mosquera estalló como una tempestad, replicándole a su primo con acento iracundo:

—Se equivoca usted altamente señor don Rafael: yo he creído antes que la Provincia de Pasto debía pertenecer al Ecuador, hoy

pienso lo mismo y siempre pensaré de la misma manera". Y como si yo hubiera sido culpable de aquella indiscreta revelación, el general Mosquera se volvió contra mí, abrió la puerta y me despidió con desprecio".

Era este señor Zarama uno de esos caballeros pastusos rectos, sensatos y cabales en todo sentido, como pocos se encuentran ahora por estos trigos de Dios. El general Mosquera pedía permiso al congreso de Colombia para aceptar el grado de general de División que le ofrecía Flórez. Zarama se levantó y pronunció un enérgico discurso en la Cámara contra Mosquera; denunció los intentos secesionistas del aspirante al generalato ecuatoriano y el permiso le fue negado a Mosquera.

Conocido es el levantamiento de Mosquera contra el gobierno legítimo de la Confederación granadina desde su posición de primer mandatario del Cauca Grande. Entre quienes salieron a la defensa de la legitimidad estaba don Julio Arboleda, primo hermano de Mosquera, a quien debía enfrentarse ahora. Mosquera había sido militante del partido conservador, el cual lo había hecho presidente. Pero para derribar al partido conservador, que se encontraba en el poder debió declararse ahora liberal, cosa esta fácil en una época durante la cual las fronteras ideológicas no estaban muy bien definidas y donde más bien prevalecían los caudillos sin escrúpulos. Don Julio sí había tenido una educación muy completa en Europa, era hombre de letras y uno de los poetas colombianos más sobresalientes del siglo pasado. Detestaba a su primo general porque lo había comprometido como aval en unos créditos que obtuvo cuando se propuso efectuar operaciones comerciales en EE. UU. Mosquera fracasó en el intento financiero y su primo debió pagar los créditos. Don Julio era un hombre muy rico, pues había heredado las minas de oro de Timbiquí, en la costa del Pacífico, donde nació. Y las minas se encontraban en una época de buena producción.

Fue el 8 de mayo de 1.860 cuando Mosquera declaró separado al Cauca de la Confederación Granadina y asumió el mando de la revolución. En esto de guerrear era ducho Mosquera, como que éste era su oficio. Pero en Pasto, el intendente José Francisco Zarama se negó a seguir a Mosquera. Antes bien organizó un gobierno leal al de Bogotá y el gobernador Antonio José Chaves, liberal, huyó al Ecuador. Varios encuentros tuvieron lugar en Pasto y poblaciones de la Provincia, especialmente en Túquerres, entre partidarios de Mosquera y del gobierno legítimo, con resultado favorable para este último. Pero en el norte, la revolución triunfó en pocos meses y don Julio Arboleda vino de Santa Marta a hacerse fuerte en Pasto. Y lo logró hasta el punto de que en Los Arboles, el ya entonces general Arboleda derrotó al general Sánchez, quien contaba el 30 de junio de 1.861 con un ejército de 1.500 hombres. Al lado de Arboleda pelearon el Batallón Tambo, al mando del coronel José Antonio Rosas; el batallón Yacuanquer, al mando del coronel don Juan Rodríguez. El batallón Pasto llegó a Bolívar al día siguiente de la batalla bajo el mando del general José Antonio Eraso. La fortuna parecía sonreír

a Arboleda. Ocupó a Popayán, derrotó a distintos cuerpos de tropa enviados por Mosquera y su situación había mejorado. Los generales Zarama y Eraso retornaron al sur para atender al gobierno y defensa de la comarca.

No se ha determinado con claridad la razón que tuvo el Presidente del Ecuador, Gabriel García Moreno, para venir a la frontera del Carchi, con un ejército bien equipado y constante de tres mil hombres, haciendo al gobierno de la Provincia exigencias desmesuradas, como la de que se le entregue al oficial colombiano Matías Rosero para juzgarlo dizque por haberle faltado al respeto al jefe ecuatoriano Valentín Fierro.

Fuerzas irregulares del partido liberal merodeaban por los lados del Ecuador, frente a la línea fronteriza, en espera de una oportunidad para atacar a las fuerzas de la Confederación Granadina que obedecían al Jefe Militar de la Provincia, doctor José Francisco Zarama, quien se encontraba investido ya con el título de Coronel. La frontera se encontraba custodiada por tropas legitimistas que mantenían a raya a los liberales. En un incidente entre estos y un destacamento comandado por el Sargento Mayor Matías Rosero (alias Rapaduro), éste le atizó un sablazo al Comandante Valentín Fierro para sancionarle su parcialización en favor de los liberales. No podían entender cómo era posible que un gobierno conservador como el de García Moreno diera tántas ventajas a los liberales residentes y expulsados en el Ecuador. Siempre fue táctica de Flórez y de García Moreno mantener el caos en el sur de Colombia en espera de una oportunidad de intervenir con provecho para el Ecuador, como lo intentó Flórez en ocasiones anteriores.

Arboleda, con el título de Comandante en Jefe del Ejército, entró a Pasto con un pequeño ejército. Allí fue recibido con especial brillantez por las autoridades civiles y militares. De Tulcán regresaron algunos conservadores de mérito, expulsados por el gobierno del Ecuador. La entrada de Arboleda tuvo lugar el 24 de julio de 1.862. Y al día siguiente siguió con las tropas que trajo y las existentes en la plaza hacia la frontera. El 27 estuvo en Túquerres, donde se incorporaron 800 hombres mal armados y sin uniforme pero decididos a combatir bajo las órdenes de Arboleda. En Guachucal se presentó un emisario ecuatoriano con pliegos para el doctor Zarama, con la exigencia de que se entregara al Mayor Rosero para "satisfacer la injuria que la Confederación Granadina le había irrogado". El emisario y sus acompañantes fueron apresados por carecer de pasaporte. El forcejeo diplomático continuó sin progreso alguno, hasta cuando el Presidente García Moreno declaró rotas las hostilidades. Se encontraba en Tulcán con cerca de tres mil hombres perfectamente amunicionados. Ocupó su ejército una de las colinas hacia el sur de la ciudad, en el sitio denominado "Las Gradas". El 30, por la tarte pasó Arboleda el río Carchi, sin encontrar dificultades. A las diez de la noche estaban los colombianos en Taques, muy cerca de los ecuatorianos.

El parte oficial del ejército de Arboleda es el siguiente: "Día 31, El ejército se dirigió en cinco columnas así: La primera la más numerosa, se puso a las órdenes del Coronel José Antonio Eraso y estaba formada de los batallones Timbío, Primero de Pasto y compañía de Guaitarilla. Esta columna debía flanquear por nuestra izquierda evitando los fuegos del enemigo, y ocupar, en el menor tiempo posible, la cima de la colina que estaba entre la ocupada por el enemigo y el pueblo de Tulcán, donde se hallaban las reservas de dicha fuerza. Ocupada esta colina, las otras tres columnas debía abrir simultáneamente los fuegos al par que ésta. La segunda columna se puso a órdenes del coronel José Francisco Zarama, y constaba del Batallón Tercero de Pasto y de 88 hombres del Segundo del mismo, debiendo atacar esta por nuestro flanco izquierdo. La tercera columna se puso al mando del general Jacinto Córdoba, constaba esta de los batallones Segundo y Tercero de Línea, de Los Verdes (llamados así porque usaban uniforme verde) y del Corena. Debían atacar por el centro. La cuarta columna, compuesta del resto del Segundo de Pasto, del Pamplona, del Boyacá, del Laguna y veinte lanceros, se puso a órdenes del coronel Silvestre Escallón, debiendo atacar a retaguardia de la Primera por nuestra derecha. La quinta columna, compuesta del Zulia, escuadrón Neira y algunos individuos sueltos, se puso al mando del Jefe de Estado Mayor Félix Monsalve (General) y debía quedar de reserva.

"Dividida así nuestra fuerza, se formó en el llano que se extiende desde el pié del Taques hasta las Gradas de Tulcán. Allí peroró el Comandante en Jefe con la hermosura y elocuencia que acostumbraba: hizo otro tanto el Coronel Zarama; tras de este los presbíteros Chicaiza, Yucundo y Rivas, quienes después impartieron sus absoluciones al ejército. Nuestros soldados ardían en entusiasmo, y en sus ojos y en su semblante emocionado se pintaba el ardor de que estaban poseídos; cada cual quería lanzarse al enemigo el primero, antes de dada la señal.

"Un momento después, cuando el sol llegaba a su cenit, las columnas desfilaban a lo largo de la llanura con sus banderas desplegadas, entre los acordes de la música y los vítores del ejército. Constaba este de mil doscientos hombres de pelea. Muy pronto rompió los fuegos la columna del coronel Eraso, y aunque intentó seguir adelante hasta ocupar la colina que se le había ordenado, se encontró cada vez más comprometida, hasta que tuvo que empeñar toda su fuerza por nuestro flanco izquierdo. Pocos instantes después rompió sus fuegos la columna 2, mandada por el Coronel Zarama y ambas empeñaron el ataque por nuestro flanco izquierdo. El general Córdoba, que los seguía, tuvo que regresar porque no encontró cómo atacar el centro, y regresando, pasó al callejón que conduce de Tulcán a Quito y atacó por allí el centro. La cuarta columna no llegó al mismo tiempo, porque encontró varias chambas y otras dificultades en su tránsito y llegó sólo a última hora al combate. La primera columna tenía casi coronada la altura que se le había ordenado, otro tanto hacia la segunda del flanco izquierdo; entre tanto, la tercera columna empeñaba lo más rudo del combate, cuando García More-

no, acompañado de cinco valientes, cargó con intrepidez por el callejón hasta donde estaba nuestro centro y se abrió paso entre el tercero de línea, pero deteniéndose, contramarchó, viendo que tres de sus compañeros quedaban tendidos. Pocos instantes después, cuando el enemigo empezó a quedar cortado por nuestras columnas, comenzó a desordenarse. Una carga brusca, ejecutada por la columna del centro, lo puso en derrota, abandonando sus múltiples atrincheramientos. Gran parte se retiró por el pueblo y el resto por nuestra ala derecha haciendo fuego y conservando algún orden. Los que siguieron al pueblo se parapetaron entre las calles y la plaza de Tulcán donde se les hizo prisioneros después de media hora de combate". Habla luego del apresamiento de García Moreno, quien había decidido entregarse para poder luego pactar el cese de hostilidades. La prisión la hizo el famoso Mayor Rosero (Rapaduro). Termina así: "La acción duró dos horas y cuarto. Se tomaron en ella más de setecientos prisioneros, entre ellos el Coronel Daniel Salvador, Comandante en Jefe de la fuerza vencida y Ministro de Gobierno del Ecuador; también cayeron en nuestro poder todos los cañones, pertrechos y armamento que tenía, exceptuando los soldados que escaparon armados. Los coroneles Eraso y Zarama fueron ascendidos a Generales. Por la tarde del mismo día se mandó una columna a órdenes del general Eraso a tomar el armamento que había en Ibarra".

El 3 de agosto se celebró en Tulcán un tratado entre la Confederación Granadina y la República del Ecuador según el cual García Moreno entregaría al ejército de Arboleda seis mil fusiles, uniformes y municiones. García Moreno incumplió lo pactado y estrechó sus relaciones con el gobierno de Mosquera, ya triunfante luego de su revolución.

Arboleda regresó a Pasto y luego inició un movimiento hacia el norte en donde venían noticias acerca de la proximidad de tropas de Mosquera, las cuales deberían estar por Popayán. En marchas y contramarchas se pasó una semana más. La suerte de las tropas antioqueñas, al mando del general Braulio Henao fue desastrosa. Atacó éste al general Santos Gutiérrez en Santa Bárbara, contrariando órdenes de Arboleda, quien planeaba reunir todas las fuerzas de la legitimidad para operar con éxito sobre el centro de la República. Henao quedó completamente derrotado. La noticia terrible la recibió Arboleda cuando se encontraba próximo a Popayán. Entonces decidió regresar al sur y estableció su cuartel provisional en Tablón de Mayo. Luego decidió seguir a Pasto acompañado de sus edecanes, el coronel Braulio Patiño, de Túquerres, y otros. El general Zarama y demás amigos le previnieron del peligro que corría en su tránsito por esas comarcas pobladas de gentes adictas a Mosquera y de la inminencia de una emboscada. Arboleda no hizo caso. "Será lo que Dios quiera", contestó.

En la montaña de Berruecos, el 12 de noviembre recibió tres balazos de alguien que se encontraba oculto tras los matorrales y que desapareció luego. Después vino a saberse que el autor del asesinato fue Juan López, militante de las huestes de Mosquera.

Este Arboleda era una figura magnífica. Tenía de la Patria un noble sentido, expresado en aquellos versos que empiezan:

"Patria, por tí sacrificarse deben
bienes y fama, y gloria y dicha y padre.
Todo, aún los hijos, la mujer, la madre
y cuanto Dios en su bondad nos dé.

Respecto al valor de los pastusos, los mismos que le dieron glorias y victorias dondequiera fueran a luchar, decía:

"Duerme el león en la escarpada Pasto
tranquilamente, de su selva dueño:
ay del que turbe su imponente sueño,
que de sus garras víctima será!"

Los funerales del poeta-soldado en Pasto fueron imponentes.

El pueblo, el clero, las autoridades, el ejército estuvieron presentes. Numerosos oradores hicieron el elogio del gran colombiano, asesinado en Berruecos por un oscuro criminal llamado Juan López, en circunstancias parecidas a aquella en que pereció el mariscal Antonio José de Sucre, glorioso vencedor de Ayacucho.

BATALLA DE CUASPUD

El estado de alma de las gentes del siglo XIX en Colombia, como en los demás países nacidos a la independencia en la América Latina era de una constante incertidumbre, de latente amenaza de guerras internas cuando no las había externas, pues estos países no sólo se ocupaban de dirigir los mandos sino que también se ocupaban de destruírse los unos a los otros. Mosquera sentía envidia de Arboleda por su triunfo sobre el Presidente García Moreno. Este a su vez, tenía buenas razones para aspirar a un desquite. Dentro de este estado de ánimo, las dos partes venían preparándose para un futuro encuentro armado. Desde 1.810 hubo en los dirigentes ecuatorianos una aspiración constante para que la provincia de Pasto hiciera parte de la república ecuatorial. Así están demostrándolo los sucesivos episodios de nuestra historia.

Con la capitulación del general Leonardo Canal en Pasto, el 31 de diciembre de 1.862 y con el asesinato del gran Arboleda, parecía que finalmente la comarca pastusa iba a estar tranquila. Pero ya veremos que no sucedió así.

Mosquera estaba ahora en el cenit de su gloria. Era el Gran General. Luego de triunfos sucesivos había entrado a Bogotá. Había fusilado a muchos ciudadanos, entre ellos algunos inocentes, pacíficos. Había convocado la Convención de Rionegro. Su carácter arbitrario lo impulsaba a cambiarlo todo, a cambiar los nombres de las cosas, empezando por el de la República. Recordaba el sueño de Bolívar; la Gran Colombia, y en esta dirección apuntaron sus intentos. Además,

en su cerebro se agitaban las ideas anticlericales, las que ciertamente no compaginaban con las de su vecino el Presidente García Moreno, quien proyectaba para el Ecuador un régimen de tipo teocrático, luego de que fallaron sus intentos para colocar al país bajo el protectorado de Francia. En su diametral oposición de ideas estaba el germen del próximo choque entre los dos presidentes. García Moreno era, a su vez, un hombre valeroso. En un conflicto con el Perú, en aguas cercanas a Guayaquil, libró, personalmente, un encuentro naval con barcos enemigos, a los cuales derrotó y puso en fuga, luchando en inferioridad de condiciones.

En la utópica y atolondrada constitución de Rionegro, aprobada a la medida de los deseos de Mosquera, figuraba el artículo 90, que decía: "El Poder Ejecutivo iniciará negociaciones con los gobiernos de Venezuela y Ecuador para la unión voluntaria de las tres secciones de la antigua Colombia de nacionalidad común, bajo una forma republicana, democrática y federal, análoga a la establecida en la presente constitución y especificada, llegado el caso, por una Convención General Constituyente. El plan de Mosquera se dirigía a convencer a los presidentes de Ecuador y Venezuela para que cambiaran sus constituciones por la de Rionegro. Le parecía muy fácil quitar y poner constituciones. Todo déspota lleva en mente, al subir al poder, el cambio de la constitución. Esto para empezar. Luego viene la secuela de arbitrariedades. Y no faltan congresistas incondicionales que se prestan a servir los deseos del dictador, presionados por el halago de mejores dietas, de aumento en el período legislativo y cargos públicos para sus parientes y amigos.

El escritor ecuatoriano Isaac J. Barrera escribe al respecto: "De cambiar el nombre de la Nueva Granada con el Estados Unidos de Colombia, el cambio no era accidental sino que se dirigía a restablecer la república creada por Bolívar. Comenzó por nombrar Plenipotenciarios que "se entendieran con los gobiernos existentes, que aun no hacen parte de esta Confederación". Así planteó sustancialmente el asunto, que fue complicándose cada día con la prepotencia de Mosquera, quien no convendría en ceder el puesto a otro, menos a García Moreno. Había que añadir la incitación liberal de Urbina que buscaba el patrocinio de Mosquera para acabar con García Moreno".

En desarrollo de su plan, confirmado por la ley de 11 de mayo de 1.863, Mosquera escogió el lado más débil y fácil para su ejecución. Los conservadores vencidos y apabullados por el dictador argumentaban tímidamente que de lo que se trataba era simplemente de liquidar cualquiera posibilidad de un movimiento armado en el sur para reivindicar los derechos usurpados por el revolucionario triunfante: Mosquera.

En la obra "La Batalla de Cuaspud", del doctor Leopoldo López Alvarez encontramos, in extenso, la correspondencia cruzada entre los dos gobiernos. Apenas nos limitaremos a transcribir partes esenciales.

"Tomás Cipriano de Mosquera, Presidente Constitucional de los EE. UU. de Colombia, al Excmo. señor Presidente de la República del Ecuador. Grande y buen amigo: Deseando daros una prueba de la estimación que tenemos por vuestro Gobierno y por la Nación Ecuatoriana, amiga y aliada de Colombia. Hemos resuelto trasladar temporalmente la silla de Poder Ejecutivo al Sur del Estado del Cauca, para poder ir hasta la frontera y tener con Vos y vuestro gobierno conferencias concernientes al bien de los pueblos, y tratados que afirmen más las relaciones fraternales de un pueblo dividido en dos naciones y que jamás dejará de ser uno aunque tengan distintas nacionalidades. El 1o. de junio se pondrá en marcha todo el Poder Ejecutivo y nos será muy grato saber que os prestáis a la conferencia a que os invitamos para la más cordial inteligencia y negociaciones que den el mejor resultado a la prosperidad común. Dado en Rionegro a 15 de mayo de 1.863.— T. C. de Mosquera".

Mosquera marchó al sur y en Popayán recibió la respuesta de García Moreno, fecha en Quito el 15 de julio, en la cual, luego de las consabidas frases de protocolo, acepta la entrevista, con esta pequeña salvedad: "Mas, comprometeríamos esta misma deferencia y la lealtad de gobernante y amigo vuestro, si no nos apresuráramos también a declarar que no puede ser asunto de nuestras conferencias ningún proyecto que tienda a refundir las dos naciones en una sola bajo la forma de sistema adoptado en vuestra república... La Constitución que hemos jurado nos lo impide, nuestras propias convicciones lo hace imposible y la opinión general de esta república abiertamente lo rechaza". Con absoluta franqueza se expresa el mandatario ecuatoriano, para dejar de una vez desechadas las aspiraciones de Mosquera..

El 15 de agosto, enojado Mosquera por la respuesta de García Moreno, lanzó una proclama en Popayán, en estos términos: "Venid conmigo a los confines del sur a afianzar la libertad y unificarnos por sentimientos fraternales con los colombianos del Ecuador que necesitan, no nuestras armas sino nuestros buenos oficios, para triunfar el principio republicano sobre la opresión teocrática que se quiere fundar en la tierra de Atahualpa, que la primera en Colombia invocó la libertad y el derecho en 1.809".

Como dijimos, Mosquera deseaba imponer a la iglesia un tratamiento severo, arrebatarle sus privilegios y poderes al clero católico y recortarle su tendencia a intervenir en la política. Como por esos días acababa de firmar el gobierno del Ecuador un concordato con la Sede de Roma, la irritación de Mosquera iba en aumento. Por eso se refiere airadamente contra la "opresión teocrática". De esta manera los propósitos políticos involucraban la cuestión religiosa en el Ecuador.

La anterior proclama a los caucanos despertó "profunda conmoción en la república ecuatoriana". Aunque el plenipotenciario de García Moreno, señor Antonio Flórez, había aceptado la entrevista de los dos Presidentes, García Moreno no hizo diligencia alguna para venir

a la frontera, Mosquera le señaló un término de seis días para que viniera, es decir el tiempo indispensable para que el emisario llevara la nota a Quito. El término transcurrió sin que el Presidente García Moreno se moviera de Quito. Las amenazas de Mosquera suscitaron el patriotismo de los ecuatorianos y en todas las provincias comenzaron los aprestos y el reclutamiento de tropas para la guerra, que se juzgaba inevitable.

García Moreno obtuvo del Congreso la autorización para declarar la guerra a Colombia. Mosquera no tenía congreso que le diera una autorización semejante. Pero para algo era dictador. El 24 de septiembre se ensayó un entendimiento entre el Ministro colombiano de gobierno, Manuel de Jesús Quijano y el plenipotenciario Antonio Flórez. Se dieron mutuas explicaciones acerca de las expresiones ofensivas que de parte y parte se habían lanzado. Se dijo que donde decía negro quería decir blanco y que donde había una ofensa debía entenderse como una cortesía. Se firmó un protocolo. Pero este no tuvo más efecto que el demorar a Mosquera mientras el gobierno ecuatoriano conformaba su ejército. Este empezó a moverse hacia Tulcán desde todas las ciudades del Ecuador, con escalonamientos en Ibarra y El Puntal (hoy El Angel). El mando de las tropas fue entregado al general Juan José Flórez, el mismo a quien los pastusos habían batido por dos veces en Pasto y Catambuco. El general Flórez, antiguo compañero de Mosquera, dábale a este el trato familiar de "compadre". La reciprocidad no se dejaba esperar.

Para el 19 de septiembre se encontraban en Tulcán 8.200 hombres, repartidos en cuatro divisiones, denominados **Darquea, Salvador, Maldonado y Dávalos,** conforme a los apellidos de sus respectivos comandantes.

Entre tanto, Mosquera tropezaba con dificultades para organizar su ejército. Del norte trajo apenas dos batallones, el Amalia y el Bomboná. Solicitaba con urgencia mayores contingentes a Popayán y Bogotá, pero estos no llegaban. En Pasto, muchas gentes se resistían a incorporarse a las fuerzas de Mosquera, ya que éste no cesaba de perseguir a los conservadores, quienes, además, tenían la convicción de que el dictador tuvo mucho que ver con el asesinato de Arboleda. El general J. F. Zarama y otros jefes se ocultaron. Mosquera hizo aprehender al mayor Saavedra Posada, al capitán Manuel López Córdoba y al cabo Sepúlveda. A este último mandaron cavar su tumba en el cementerio y luego fueron fusilados por traidores, todos tres (3).

---

(3) El 14 de octubre escribía García Moreno al Gobernador del Guayas: "Yo creo que la formación de un estado independiente, nuestro cliente y aliado, prepararía mejor LA ANEXION DE PASTO (el subrayado es nuestro) que el reclamo de límites cedido en todos los tratados de 1.832. Pero esto dependerá de los acontecimientos: lo que importa es arrojar a los rojos al otro lado del Juanambú". (Cita de Isaac Barrera en "Cuaspud"). Ello prueba la obsesiva intención de anexar Pasto al Ecuador de que hemos hablado con frecuencia en esta obra.

Este hecho impulsó al capitán Ramos Patiño a organizar una compañía de pastusos que fue a tomar contacto con Flórez. El general Eraso, a quien vimos combatir en Tulcán al lado de Arboleda también organizó una tropa que, mientras Mosquera iba por Túquerres, ocupó Funes, amenazando la espalda de éste.

Sin embargo, ante las noticias de que Flórez venía sobre Pasto con un gran ejército, mucha gente acudió a las armas en todos los pueblos. De suerte que ya en vísperas de combate había 4.000 hombres y 120 jinetes. Fuera de los dos batallones nombrados, alinearon los siguientes: El Pasto, 2º y 5º de Vargas: el Cariaco, el Voltígeros, el Tiradores, el Bogotá, el Guáitara, el Palacé y el Granaderos. Los jefes eran los generales González Carazo, Bohórquez, Armero (jefe de artillería con cuatro cañones) Anzola, Pedro Marcos de la Rosa y los coroneles Vezga, Manuel Guzmán, José Chaves, Miguel Angel Portillo, Escárraga, Soto y Castillo. Pero por Decreto de 24 de noviembre expedido en Túquerres por Mosquera y su secretario de guerra, doctor Antonio José Chávez, se hizo una nueva distribución de los efectivos así:

Cinco regimientos, cada uno con dos batallones.

1.— Granaderos y Guaitarilla.

2.— Rifles de Bomboná e Ipiales.

3.— Pichincha y Túquerres.

4.— Tiradores y Pupiales.

5.— Vencedor en Boyacá e Ipiales.

Como puede verse, los pueblos de la Sabana habían respondido a la emergencia, notándose que Pupiales, Túquerres y Guaitarilla eran y han sido de gente militante en el conservatismo.

Conocedor Flórez del espíritu agresivo de Mosquera, esperaba que este pasara el Carchi para invadir al Ecuador. En previsión de esto se habían construído fortificaciones en las proximidades de Tulcán y aún en el río Chota. Para estos trabajos se ocupó a colombianos residentes en Ecuador. Pero Mosquera tardaba en atacar, pues deseaba aumentar aun más su ejército. Entonces fue cuando Flórez cometio el terror de pasar de la defensiva a la ofensiva. De entrar a un país enemigo y peligrosísimo. De convertirse en el invasor de un país vecino, circunstancia esta que debilitaba la posición jurídica del Ecuador ante Colombia. El doctor López Alvarez refiere: "El día domingo 23 de noviembre por la mañana, después de haber oído misa de campaña, los batallones ecuatorianos, uno tras otro, fueron desfilando desde Tulcán hacia la frontera al son de músicas marciales". Entonces todo se hacía con música. Ya vimos como Arboleda, antes de empezar el combate de Tulcán, hizo que las bandas de los batallones ejecutaran aires regionales para entusiasmar a sus soldados. En todos los batallones que en Pasto se organizaban siempre tenía que haber una banda de músicos. También vimos como en Ayacucho, los

pastusos que fueron enganchados a la fuerza en los ejércitos patriotas para curarse de la nostalgia de su tierra pastusa, formaron una banda que ejecutó el célebre bambuco, al compás del cual las tropas de la división colombiana que comandaba el general Córdoba, dieron la carga victoriosa que selló la libertad americana. En las guerras civiles del sur, los batallones de Pasto llevaban su banda de músicos. Sonaba la **Guaneña** y los combatientes no esperaban otra voz de mando para lanzarse a la pelea. Hoy en cambio el estrépito infernal de los bombardeos, los tanques, los lanza-llamas le dan a la guerra una ferocidad de donde desaparecen el heroismo, el valor personal, cierta nobleza, como aquella de "tirad vosotros primero, señores".

Pues bien: ese mismo día llegó Flórez a Guachucal. Si al día siguientes hubiera atacado a Mosquera, quien se encontraba en Túquerres con escasas tropas, hubiera triunfado sin mayor esfuerzo. Prefirió ubicarse en los altos del cerro Sapuyes, posición esta inexpugnable Así se lo había aconsejado el General Eraso, antes de su salida hacia Funes y Pasto.. Aquí es donde entra en juego el sentido estratégico de los dos jefes. El venezolano Flórez, quien se distinguió en la batalla del Portete de Tarqui y en muchos otros combates y el colombiano Mosquera, triunfador en muchos sitios y hombre de recursos, improvisador de situaciones, con más ágiles concepciones tácticas. El doctor Cháves, por orden de Mosquera envió una nota a Flórez aceptando la declaratoria de guerra.

Mosquera ordenó el traslado a Túquerres de todas las fuerzas existentes en Pasto, en el menor tiempo posible. Flórez, comprendió la nueva situación, despachó al General Eraso con ochocientos hombres que ocuparon esa capital inmediatamente que las tropas salieron para Túquerres. Apenas hubo un ligero tiroteo con un grupo de civiles que trataron de oponerse a Eraso.

Mosquera sabía que cometía un error al tratar de desalojar a Flórez de sus posiciones en las alturas de Sapuyes. Entonces emprendió la marcha con todo su ejército hacia la frontera, siguiendo la ruta de los llanos de Cumbal, dejando a Flórez en Sapuyes. Este comprendió que iban a quedar cortadas sus comunicaciones con Tulcán y Quito, cortadas las líneas de abastecimientos y dentro de una región plagada de enemigos. Ordenó entonces una contramarcha por Guachucal para ganar el Carchi antes que Mosquera. En este avance paralelo a la frontera, Mosquera, en previsión del choque, tomó la determinación de aproximarse al Carchi por las alturas de Cuaspud. Las alturas de Chautalá van a converger con las de Cuaspud. Era el seis de diciembre. Mosquera subía a la cima, acompañado de sus oficiales, cuando de repente retumbó el estruendo de la fusilería. Habían chocado los dos ejércitos. Pero Mosquera no se desconcertó, sino que empezó a dar órdenes para que sus batallones entraran a operar desde diversos puntos. La compañía de conservadores pastusos que comandaba el Capitán Ramón Patiño atacó con tal violencia que tres veces hizo cejar a la tercera división de Mosquera. Allí murieron el Capitán Patiño y el Coronel Rincón (de Mosquera). Aniquilada la fuerza de Patiño por fuerzas superiores, el Batallón Vengadores de

Flórez emprendió la retirada. Acudió a protegerlo Flórez ordenando a la caballería correr a la defensa. Pero la caballería se empantanó en un terreno cenagoso, donde fue blanco fácil de la infantería colombiana. De aquí en adelante todo fue desorden y huída en el ejército ecuatoriano. La división Maldonado ni siquiera alcanzó a entrar en combate. No hizo más que fugar abandonando las armas.

El 21 de diciembre se firmó en Ibarra el tratado de paz, amistad y alianza entre los Estados Unidos de Colombia y la República del Ecuador. Una paz que no han vuelto a turbar los mandatarios sensatos y patriotas que han comprendido que el destino de estos pueblos está en la paz, la cooperación y la fraternidad humanas.

Se cierra en Cuaspud el ciclo de luchas internacionales. En 1.933 hay una serie de breves encuentros con el Perú por obra y gracia de un dictador peruano que quiso alcanzar celebridad en una guerra con Colombia, pero que terminó sin gloria y sin fortuna para el coronel Sánchez Cerro. Los soldados y oficiales de Nariño se batieron como saben hacerlo en Guepí, Chabaco y otros encuentros de menor importancia. Memoria quedó del sacrificio de José María Hernández, fusilado en Iquitos por los peruanos; de Juan Solarte Obando en Guepí; del Sargento Cílima, de famosas hazañas, de Clara, la mujer Sargento que acompañaba a las tropas pastusas en igualdad de coraje y sufrimientos.

El pastuso ha sido, es y será en el sur de Colombia la muralla invencible de la nacionalidad. El será suficiente para defenderla en todos los momentos de amenazas y de peligro.

El himno del batallón Boyacá, acantonado en Pasto, tiene estrofas como éstas:

"Oh tú, Pasto, ciudad del Galeras,
del gigante que escucha tu honor!
Tú, ciudad de las verdes praderas,
tú, vergel de la luz y del amor,

No permitas que invada tu suelo
la cobarde, la insana legión,
que es mandato sublime del cielo
respetar, defender la nación.

OBRAS CONSULTADAS

J. M. Restrepo, Historia de la Revolución en la República de Colombia.

J. M. Grott, Historia Civil y Eclesiástica de Nueva Granada.

J. Posada Gutiérrez, Memorias.

Gustavo S. Guerrero, Documentos Históricos.

Sergio Elías Ortiz, Agustín Agualongo y su tiempo.

Sergio Elías Ortiz, Alejandro Macaulay.

Soledad Acosta de Samper, Antonio Nariño.

Ricardo Vejarano, Antonio Nariño.

J. R. Monsalve, Antonio Villavicencio.

José Rafael Sañudo, Estudios sobre la vida de Bolívar.

José Rafael Sañudo, Historia de Pasto.

Oscar Efrén Reyes, Historia del Ecuador.

Carlos de la Torre, La Revolución de Quito.

Alvaro Gómez Hurtado, La Revolución en América.

Daniel Zarama, Don Julio Arboleda en el Sur de Colombia.

Indalecio Liévano Aguirre, Los Grandes Conflictos Socio-Económicos de nuestra Historia..

Jacob Burckhardt, Reflexiones sobre la Historia Universal.

P. Henríquez Ureña, Historia de la Cultura en la América Hispánica.

Leopoldo López Alvarez, Cuaspud.

Pedro Fermín Cevallos, Historia del Ecuador.

Salvador de Madariaga, Bolívar.

José F. Heredia, Revolución de Venezuela.

Federico González Suárez, Historia General del Ecuador.

Ignacio Rodríguez Guerrero, Geografía Económica de Nariño.

Ignacio Rodríguez Guerrero, La Revolución del 10 de Agosto en Quito y sus repercusiones en la Nueva Granada.

Aleixs de Tocqueville, La Democracia en América.

José María Obando, Apuntamientos para la Historia.